

peter kapra

PLANETA SIN TIEMPO

PETER KAPRA

PLANETA SIN TIEMPO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 5235 – 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

Capítulo Primero

Desde la dura y elevada roca donde se encontraba sentada, Tui podía admirar el verde y dilatado valle, que se extendía hasta las lejanas y oscuras montañas. Veía también los canales inagotables, por donde discurría el líquido transparente y fresco que su organismo necesitaba beber de vez en cuando.

Todo era maravilloso allí, en Eosfor.

Los seres, como Tui, vagaban por la calle, o estaban sentados sobre la hierba, o corrían, unos en pos de otros, como jugando. Cuando se cansaban, se tendían sobre la blanda alfombra verde del suelo, dejándose acariciar por los invisibles y cálidos dedos del generoso Akbain, que siempre les alumbraba desde el cielo.

Tui era feliz aquel momento. Siempre era feliz, pero en aquel instante se sentía mucho más feliz.

Era mujer y joven, aunque, a decir verdad, también había sido siempre joven. Ella no tenía noticias de que en Eosfor alguien se hiciera viejo, aunque oyó decir que muchos se iban al viaje eterno, situado en la región de la oscuridad, y ya no regresaban.

Todo esto resultaba muy extraño para Tui y, con frecuencia, se sorprendía a sí misma pensando en las cosas que ignoraba. En realidad, lo ignoraba todo. Nadie le había explicado nada.

Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo allí. ¿Esperando? ¿Qué?

Sólo sabía que, cuando su organismo le pedía alimento, ella iba a los árboles, tomaba los frutos maduros y sazonados y los mordía con sus dientes. Luego, si su organismo le pedía agua, bajaba hasta el canal más próximo, se tendía en tierra y bebía directamente con la boca.

Luego, paseaba, se acercaba discretamente a donde estaban los otros o les contemplaba a distancia, viéndoles descansar o correr. También podía escuchar sus voces, alegres, cantarinas, ¡y entendía lo que hablaban!, aunque nadie se lo había enseñado. Sin embargo, Tui jamás había hablado con nadie. Era tímida y solía sonrojarse cuando alguien se acercaba a ella.

«—¡Vete! —solía pensar —. No sabré qué decirte. Me preguntarás mi nombre y te diré que me llamo Tui... ¡Pero no sé por qué!».

Y como si los otros tuvieran la facultad de escuchar su pensamiento, se alejaban de ella, dejándola siempre sola.

En realidad, esto le había ocurrido muy pocas veces. Y también era cierto que ella no se hacía conocida en ninguna parte, porque

cambiaba de lugares constantemente, yendo siempre haría lejanos montes, a los que subía, para luego descender a los valles. Todo era igual en Eosfor.

Sin embargo, mientras estaba sentada allí, sobre la roca elevada, Tui no se apercibió de la llegada de un hombre, el cual había surgido de detrás de otra roca y la había estado mirando un rato.

En Eosfor había dos clases de seres. Tui conocía la diferencia entre hembra y varón. Era notable y evidente, puesto que todos vestían únicamente el «jib» vegetal, con el que se cubrían una reducida parte del cuerpo. Los hombres eran musculosos, fuertes, más altos que las mujeres. Éstas, en cambio, eran delicadas, frágiles, de piel más fina y suave.

Además, los senos eran en ellas más abultados que en los hombres. Por lo demás, eran iguales hasta en las largas cabelleras, aunque Tui había visto seres que se cortaban el cabello, dejándoselo a la altura de los hombros. Ignoraba cómo lo hacían, pero supuso que debían utilizar piedras afiladas.

De pronto, la voz a su espalda la sobresaltó, haciéndola volverse rápidamente.

—¡Mujer!—habló él.

Tui se sonrojó súbitamente. Era la primera vez en su vida que veía a un hombre tan cerca de ella.

—¡Ah! —exclamó, empezando a levantarse.

Él estaba de pie, a menos de tres metros, junto a la roca, alzando su rostro viril y anguloso, mirándola sonriente.

—¿Te he asustado, mujer?

—No... No lo sé.

—¿Me dejas subir ahí? —preguntó él, sin dejar de sonreír y mostrando una doble hilera de dientes nacarados y perfectos.

Ella no respondió y él aceptó su silencio como un consentimiento. Eligió el mismo lugar que había utilizado ella para subir, saltando sobre las rocas pequeñas que parecían escalonadas, hasta situarse sobre la roca grande, al lado de ella.

Tui retrocedió instintivamente un paso.

—¡Vete! —le dijo—. ¡Quiero estar sola!

—Eres poco amistosa. ¿Cómo te llamas?

—Tui.

—Mi nombre es Verx. ¿Te gusta?

—No... ¿Quién te puso ese nombre? ¿Tú?

El joven —aunque en Eosfor era imposible saber si alguien era viejo o joven, exceptuando los niños —se encogió de hombros.

—¿Y qué importa? Me llamo Verx y basta. ¿Por qué me lo

preguntas?

Tui se volvió de espaldas a él. Todavía sentía timidez y estaba cohibida de que, precisamente, fuese un hombre quien se acercase a ella.

—Me hago muchas preguntas a mí misma —musitó Tui.

—Eres una chica solitaria... Te gusta estar sola, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, me voy —replicó él, dando media vuelta, para abandonar la roca elevada, desde donde se contemplaban dos valles y una inmensa cantidad de terreno.

Tui se volvió rápidamente.

—No te vayas, por favor... Perdona, Verx. No he querido ofenderte.

—No me has ofendido, Tui. Te he visto aquí y se me ocurrió venir a verte de cerca.

Tui hizo un esbozo de sonrisa.

—Ya me has visto... ¿Qué te parezco?

—Una mujer como todas. Pero extraña y solitaria. No tienes amigos.

—No, no tengo amigos. Soy amiga de las montañas. Me atraen las montañas.

—Igual que a mí.

—Y no se acaban nunca. Una llega a las montañas, sube a las cimas altas y ve un nuevo valle color verde, surcado de canales. Pero al fondo, descubre nuevas montañas. ¿Por qué siempre es así?

Verx sonrió y extendió su brazo derecho desnudo, en derredor:

—Porque es así... ¡Qué extraña eres, Tui! Si sabes que nadie puede responderte, ¿por qué haces preguntas?

—¿Nadie puede responderme?

—No. Nadie te explicará porqué calienta Akbain, ni porqué hay colinas desnudas y valles verdes en Eosfor. Nadie te dará explicación acerca de nada. Nadie sabe nada.

—¿Cómo hemos venido aquí? ¿Por qué?

—A eso puedo responderte yo. Para que tú vivieras, un hombre y una mujer, tus padres, sencillamente, se conocieron y se amaron. Luego, naciste tú.

—¿Yo he nacido? —pareció sorprenderse Tui—. No recuerdo nada.

—Los niños recién nacidos no tienen memoria.

—¿Qué es la memoria?

—El recuerdo de lo que hacemos o pensamos —contestó Verx, mirando con curiosidad a la mujer que tenía delante—. ¿Tú no sabes que la memoria se adquiere paulatinamente? Un día estamos por ahí y, de pronto, nos damos cuenta de algo tan natural como es la vida.

»Nosotros estamos vivos. Hemos nacido, comemos, bebemos, nos amamos. Ésa es nuestra vida. Podemos ir donde se nos antoje, caminar o descansar, beber mucho o poco.

—Somos individuos muy raros, Verx. Debes admitirlo.

—¿Por qué somos raros? —preguntó él, perplejo.

—¿Por qué? Eso quisiera saber yo. ¡Ves como tú también haces preguntas!

—Es que me extrañas, Tui. Sentémonos. Quiero seguir hablando contigo.

Él se sentó y apoyó la barbilla en las rodillas, abrazándose las piernas. Tui se sentó también, aunque algo distanciada de él.

—Quieres saber el porqué de todo, ¿no es así? —preguntó Verx.

—Sí. Me gustaría saberlo.

—Veamos si yo puedo ayudarte. Tú naciste del amor de tus padres. Tu madre te dio el néctar de la vida que brotó de las grietas de sus mamas, y te alimentaste los primeros días. Luego, te dieron «groz» y «wark» y te dejaron al cuidado de ti misma. Así ocurre siempre. Ellos no pueden llevarte siempre en brazos. Debes aprender a caminar.

—¿Dónde están mis padres?

—Por ahí. Quizás los hayas visto alguna vez. No te podían conocer. Todos somos iguales. Te dejaron jugando y se fueron, quizás juntos, quizás cada uno por caminos distintos.

»Después, tú seguiste tu propio camino. La vida es esto. Ahora nos encontramos tú y yo. Si nos gustamos mutuamente, nos podemos amar. Si nace un niño o una niña de ti, le cuidarás hasta que pueda valerse por sí mismo. Le harás su «jib» y le enseñarás a cambiárselo, Después, le dejarás que viva su vida.

—Sí, sí... Eso es... Pero ¿qué hay más?

—No hay nada más.

—¿Nada más? ¿Siempre estamos así?

—Siempre... Bueno. Hay un fin, que está en la región de las sombras. Una vez encontré a un hombre que iba hacia allá. No pueden hablar. Ya lo sabes. Reciben el mandato y se ponen en camino. Van solos. Cada uno tiene que ir solo cuando recibe el mandato final. Se alejan de nosotros y desaparecen en la oscuridad.

«Cuando encuentres a alguien que va hacia el Más Allá no debes decirle nada. No te contestará. Se dice que se les ha terminado la vida y sólo tienen fuerzas para llegar a la oscuridad. Si gastan sus fuerzas hablando con nosotros, no podrían llegar y caerían en presencia de Akbain, lo cual debe ser algo terrible, porque todos lo temen extraordinariamente.

Tui miraba a Verx con ojos muy abiertos, sumamente interesada.

Parecía como si él le estuviese revelando grandes secretos o misterios que ella no había conocido jamás.

Y, por vez primera en su vida, Tui encontró grata la compañía de un semejante. Y le pareció que Verx era atractivo.

* * *

—¡Salvajes! —exclamó el «komander» Noel Ossian, dando un golpe sobre la mesa de berilio de su cabina de mando—. ¡Métase eso en la cabeza, oficial Pschitt! ¡NCGF-509 es un submundo de salvajes!

El oficial Belisa Pschitt, vestida exactamente igual que su superior, el «komander» Ossian, llevaba una blusa hasta las caderas, de tejido metálico ionizado en verde brillante, con cinturón de mando, de donde pendía su control y su laser-paralizante, y las medias ajustadas y elásticas, hasta la cintura, que moldeaban sus esbeltas piernas y muslos.

Como toda la tripulación de la «Explorer-19», calzaban botas de suela metálica y flexible, que les llegaban hasta los tobillos.

Aparte su atuendo, Belisa Pschitt era una mujer extraordinariamente hermosa, de ojos grandes, verdes y cautivadores, boca fascinante, nariz pequeña y graciosa, rubia y cabellos cortos y delgadas cejas doradas.

—No estoy de acuerdo con usted, señor —replicó la joven oficial, señalando las placas transparentes que tenía el «komander» Ossian sobre la mesa, entre los controles de mando de la nave de exploración espacial—. Se trata de seres humanos exactamente igual a nosotros, morfológicamente hablando. Seres de nuestra constitución...

—Creí que iba a decir usted de nuestra raza, señorita Pschitt —ironizó el «komander».

El jefe de la «Explorer-19» era un hombre de treinta y dos años, experto en Coordinación técnico-científica, con tres años de experiencia en cosmonáutica, lo que le había servido para obtener el mando de la supernave de exploración. Una gran carrera la del «komander« Noel Ossian.

Pero su mismo nombre indicaba además que era miembro de la familia Ossian, una de las más ricas de la Tierra, dinastía de políticos, hombres de negocios, grandes militares, prohombres y mujeres notables.

Y no era casualidad, por lo tanto, que Noel Ossian fuese el «komander» de la supernave de exploración, si su padre era secretario general del Senado Mundial.

En La Tierra, en pleno siglo XXVII, continuaba existiendo el más

acentuado nepotismo, así como otros efectos y vicios discriminatorios. A una sociedad supertécnica iba unida la más desmesurada ambición y el ancestral sistema de castas y regionalismos. El progreso había extendido la desigualdad y envenenado la justicia.

Los valores espirituales y humanos de las primeras centurias del dos mil parecían haber colapsado totalmente a partir del siglo veintiséis y los hombres se habían convertido en seres egoístas e inhumanos en una medida jamás alcanzada en las más antiguas páginas de la historia.

Sin embargo, y en honor a la verdad, hay que decir que el vicio y la depravación sólo se cobijaba en la altas esferas sociales. El ciudadano, el hombre del trabajo, la administración, el humilde, el individuo anónimo de las grandes megalópolis, vivía demasiado sujeto a horarios y disciplinas, para poder tener defectos.

En un universo conquistado por la ciencia y la técnica, con un Senado dictatorial y oligárquico, y con un Presidente blanco y tolerante, cuyas reelecciones se sucedían ininterrumpidamente desde casi veinte años atrás, no había más fuerza que la Ley y las Fuerzas Espaciales.

Y, precisamente, ser «komander» de esta fuerza era un privilegio extraordinario.

Belisa Pschitt no lo ignoraba, como tampoco ignoraba el tremendo riesgo que corría al contradecir a su jefe, quien, además del jefe de la «Explorer-19» era también un Ossian.

—Esas placas revelan, sin lugar a dudas, que hemos encontrado seres semejantes a nosotros, aunque admito que su estado de evolución no puede ser más primario.

—¿Y qué me dice usted de los canales de riego? —preguntó Noel Ossian, tomando otra de las placas diapositivas tricromáticas y examinándola al contraluz.

En la placa se veía, con toda nitidez, un paisaje de NCGF-509, donde algunos nativos, semidesnudos, aparecían en actitud de caminar, mientras que otros estaban sentados o tendidos sobre la hierba.

—Según el oficial del gabinete geológico, Markom, se trata de canales metálicos, por donde corre un líquido que él llama agua, pero cuyo análisis telespectroquímico difiere de la composición del agua —replicó Belisa Pschitt.

Los ojos grises y penetrantes de Noel Ossian se fijaron en los de Belisa.

—Llevamos tres meses en esta nave y apenas me había fijado en usted, oficial Pschitt. —En la voz del «komander» había un tono

amable y dulce, que sorprendió a la mujer—. ¿Dónde ha estado metida?

—En mi laboratorio de antropología, señor.

—¡Hum! Espero verla con más frecuencia. Hoy comeremos juntos —Noel Ossian sonrió y se puso en pie—. Ordenaré una exploración «in situ» de ese planeta, oficial Pschitt. ¿La complace?

Algo inquieta, Belisa replicó:

—Gracias, «komander» Ossian. Si no manda nada más, me retiraré.

—Aguarde, oficial Pschitt. Venga a la extrapanorámica.

En la cabina de mando del «Explorer-19», una espaciosa sala completamente equipada con circuitos electrónicos, un solo hombre podía realizar el complejo gobierno de la nave tripulada por diez mil personas.

Presionando un botón del tablero de su mesa, se descorrió el muro de titanio, dejando al descubierto al panel de control directo. Inmediatamente, los circuitos avisaban a máquinas y navegación de que el «Komander» controlaba el traslado orbital que antes había estado dirigido por controles automáticos.

Sólo Noel Ossian podía rectificar el rumbo. Sus subalternos se limitaban a la observación de controles y le informaban de cualquier irregularidad o anomalía que surgiera.

El panel de control directo era una pared de ocho metros de largo, por cuatro de alto, ante la que estaba la mesa de dirección general, y tras la que se sentó Noel Ossian, indicando a Belisa que se situase a su lado.

—Por favor, oficial Pschitt. Observe usted la pantalla central.

La pantalla extrapanorámica se iluminó con la luz procedente de CGM-6, el sol que iluminaba y mantenía en atracción al mundo clasificado como NCGF-509.

—Vamos a examinar de cerca a esos seres. Los podremos estudiar en su ambiente natural, sin que ellos sepan que les estamos viendo. Incluso podremos escuchar sus voces —dijo Noel Ossian, sonriendo a Belisa y presionando varios contactos de su mesa de dirección general.

En primer lugar se vio la esfera ligeramente azulada de NCGF-509. La nitidez de la pantalla extrapanorámica del «komander» Ossian no podía compararse con la insignificante pantalla telescópica de Belisa, situada en el gabinete o laboratorio de antropología, en el que ella había obtenido las placas reveladoras de existencia de vida en el planeta que ahora veía perfectamente, como si la magia de la óptica electrónica hubiese puesto ante ella un mundo a escala reducida.

—Aproximación de imagen —murmuró Noel Ossian, presionando otro contacto.

En la pantalla, NCGF-509 se agrandó rápidamente, hasta inundar completamente la imagen, haciéndose más visible la configuración geográfica y empezando a destacar la coloración verdosa de su suelo.

—Se trata de un planeta de características semejantes a las de La Tierra —explicó el «komander»—. Y eso es muy singular. Presenta siempre la misma cara a ese sol, de décima magnitud, y la distancia es de quinientos millones de kilómetros… ¡No, perdón, cincuenta millones! —Noel se volvió a la oficial Pschitt y sonrió—. Me he comido un cero.

—Comprendo, señor. Un breve error, rápidamente rectificado.

—Un «komander» no debe cometer tales errores, oficial. Espero que la exquisita compañía de usted me distraiga.

Belisa se mordió los labios. Miró de soslayo a su superior y no pudo evitar un estremecimiento de instintiva repugnancia. Noel Ossian era un individuo joven, bien parecido, alto, atlético, de mirada gris y enérgica. Un hombre envidiable y envidiado.

Pero su nombre, su modo de ser, sus modales, inquietaban a Belisa, que era una oficial científica del «Explorer-19». Y la deferencia que desde aquel momento parecía tener el «komander» por ella le preocupaban.

No estaba dispuesta a soportar los galanteos que Noel Ossian pudiera dirigirle, y mucho menos aceptarlos. Hasta el momento, él sólo le había invitado a comer y a que se quedase en la cabina de mando. Pero ella temía que su amabilidad pudiera ocultar un interés personal.

—Mire, oficial Pschitt —exclamó Noel Ossian—.

Ahí tiene usted a sus salvajes… ¡Véalos con atención!

En la pantalla extrapanorámica se veían ahora Tui y Verx, sentados sobre una roca elevada, hablándose y mirándose a los ojos.

Capítulo II

—¿Quién ha creado los árboles, las rocas, todo lo que nos rodea? —preguntó Tui.

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? Estas cosas siempre han estado aquí —replicó Verx, impaciente.

—He visto que los árboles de «groz», de los que nos alimentamos, no son todos iguales. Las ramas tienen formas raras y caprichosas, y los propios «groz» también son distintos. Los hay verdes, que no podemos comer, amarillos y rojos, o sazonados. Yo quise probar una vez un «groz» verde y estaba agrio.

Verx dibujó una sonrisa en los labios.

—A mí también me ha ocurrido eso. Supongo que debieron enseñarnos a comer los «groz» maduros.

—Otra cosa que ignoro es la razón por la cual me llamo Tui.

—Los nombres que todos llevamos proceden de nuestros padres. Ellos nos llaman, al nacer, de un modo. Pero nada te impide hacerte llamar de otro modo.

—No quiero llamarme de otro modo. Quiero llamarme Tui. Háblame de ti. ¿Por qué los hombres son diferentes a las mujeres?

Verx se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Pero no somos muy diferentes.

—Sí. Yo soy mujer y tú eres hombre. Eso lo sé. Pero hay mucha más cosas que ignoro. ¿No te has detenido a pensar nunca en cuántos seres como nosotros hay en Eosfor?

—¿Cuántos hay? ¿Y cómo contarlos? —inquirió él, cada vez más perplejo.

—Sí. Sé contar y nadie me ha enseñado.

—¿Qué es lo que cuentas? ¿Cómo cuentas, Tui?

—Es un juego mental que yo he inventado —replicó Tui—. He hecho una numeración. Empecé contando las cimas altas de una montaña. Luego conté el «groz» de un árbol y los canales laterales de los valles. Es curioso y raro.

—¿Cómo cuentas? —quiso saber Verx.

—Mira estas rocas redondas… Las más grandes. Estamos sobre una, allí hay otra. Yo digo, una y una son dos. Y cuento tres, cuatro, cinco… ¡Hay muchas rocas parecidas a ésta en derredor nuestro! Contarlas es muy divertido. Yo he pensado en números para poder contar. Así, cuento los seres que veo en los valles, los árboles.

—¡Eres muy extraña, Tui! ¿Estás siempre pensando cosas raras?

—No sé si son cosas raras, porque ignoro lo que piensan los demás.

Me asusta un poco ver gente. Sé que son igual que yo, pero distintos.

—En Eosfor todos somos iguales, Tui.

—Sí, poco más o menos. Pero yo quisiera saber muchas cosas.

—¿Qué te gustaría saber? —preguntó Verx.

—Por ejemplo, ¿por qué aquí hay luz y allá en la oscuridad hay sombras?

Al decir esto, Tui miraba hacia el cielo, como si esperase ver surgir del sol que les alumbraba la respuesta.

—Mira, Tui. Tal vez esto responda a tu pregunta. —Así hablando, Verx extendió su brazo derecho, cuya sombra se proyectó sobre la roca—. ¿Ves? El brazo detiene la luz del cálido Akbain. Si te tiendes bajo un árbol, no puedes ver a Akbain. Eso me hace pensar que al otro lado de Eosfor no hay luz porque no está Akbain.

—Es una buena razón. Ya lo he pensado —contestó Tui, rápidamente, llena de alegría—. Eosfor se hace su propia sombra.

—Exactamente. Este mundo en que vivimos es muy grande, inmenso. Uno viaja en todos sentidos y jamás deja de ver a Akbain. Pero cuando llega el mandato, nos ponemos en camino y entonces sí que dejamos de ver a Akbain.

—¿Qué es el mandato, Verx? Eso me preocupa mucho.

—Es una sensación que debe experimentarse dentro de uno mismo, y que no puedo explicarte. Al llegar el momento, sólo se da cuenta quien lo recibe. Entonces, su semblante alegre se entristece. Se pone en camino y ya no habla más con nadie... ¡Va camino de la muerte!

—¿La muerte? —preguntó Tui, estremeciéndose—. ¿Qué es la muerte?

—La oscuridad, el Más Allá, de lo que nadie sabe nada.

—¿Quieres decir que a nosotros también nos llegará el mandato?

—Sí. A todos. El nacer es tan natural como el morir. Ésta es nuestra vida. Venimos a este mundo sin saber cómo y luego, por la misma ignorada razón, nos vamos.

—Eso es lo que yo pienso como cosa natural —dijo Tui, reflexivamente—. Es natural que beba «wark». Es natural que camine con mis piernas y suba a las montañas, como es natural que me canse y deba sentarme o tenderme. Es natural que Akbain nos caliente siempre y es natural que el «groz» aplaque nuestra hambre.

—Me gustas, Tui. Eres una mujer extraña, pero inteligente.

—¿Qué quiere decir inteligente?

—Que piensas y deduces. No es frecuente encontrar seres que hagan lo que tú haces. Debe ser por eso que tienes pocos amigos. Deberías quedarte en un lugar, dejarte ver, hablar con otros seres. Nadie te hará daño y serás bien acogida en los juegos.

Tui estaba mirando hacia el valle, donde los seres que se movían en él parecían diminutos.

—Me gustaría, Verx. Pero mi espíritu me induce siempre a caminar incansablemente. Sólo veo gente una vez. Paso al lado de ellos y me voy, como si, sin darme cuenta, estuviese constantemente buscando compañía y soledad.

—Si has caminado tanto, habrás visto el Gran Cráter.

Tui se volvió a mirar a su compañero. Su sorpresa no podía ser fingida, porque los eosforos no sabían fingir.

—¿Qué es eso del Gran Cráter?

—¡Oh, yo no lo he visto! Pero he oído decir que está en aquella dirección, allá donde confluyen todas las cordilleras. Es una alta cumbre circular, inaccesible. Allí las montañas son más altas que aquí.

Si en vez de subir y bajar montañas fueras siempre sobre una cumbre, llegarías al Gran Cráter.

—¡No se me había ocurrido nunca hacer eso! —exclamó Tui—. Me interesa saber eso. ¿Cómo sabes tú que existe?

—Bueno… Me lo dijeron… Hubo quien siguió la dirección de un canal y llegó a ver cómo el «wark» bajaba impetuosamente por una ladera. Me dijeron también que se intentó escalar las paredes del Gran Cráter, pero que a mucha altura no se podía respirar. ¿Sabes que es necesaria la respiración para vivir?

—Sí. Pero no sé la razón…

* * *

La oficial Belisa Pschitt soportó otra inquisitiva mirada del oficial Bramm, mientras tomaba lentamente el cordial agridulce y helado con el que la había obsequiado el «komander» Ossian, en un gesto de amable delicadeza.

—¿Entiende usted algo, oficial Bramm? —preguntó el «komander» de la «Explorer-19», señalando a la pantalla extrapanorámica, donde continuaban sentados Tui y Verx, dialogando, enteramente ajenos a la observación que se les hacía desde más de mil kilómetros de altura.

—No, señor —respondió el oficial Bramm, experto en filología y lenguas exóticas—. Jamás he oído nada parecido.

—Pero, ¿hablan, verdad?

—No cabe duda, señor. Hablan con la boca, utilizando la lengua y la garganta como nosotros. Esos seres, vestidos como nosotros y con el cabello cortado, podrían pasar perfectamente por un aborigen de La Tierra. Su metabolismo externo es idéntico al nuestro.

—Crugg —Noel Ossian se inclinó sobre una placa de

comunicaciones interior—, analicen biológicamente a los dos seres que tenemos en pantalla. Efectúen teleradiografías. Un estudio completo. Quiero también que Markom analice la atmósfera de NCGF-509.

—Sí, señor —contestó una voz, por el interfono.

Noel Ossian se volvió de nuevo a Bramm.

—Grabe esas voces y filme la escena. Hágame un estudio rápido y profundo de su lenguaje. No tiene objeto capturar a esos especímenes si no podemos entendernos con ellos. La oficial Pschitt no está de acuerdo en que capturemos a un macho y una hembra y los metamos en una jaula.

Belisa se sonrojó.

—¡No son animales, señor!

—Admitido, oficial —replicó Noel—. Son seres de una raza parecida a la nuestra. Pero están sin civilizar. No tienen «habitats», ni industria, ni ciencia. Viven en estado primitivo, como los salvajes. ¿Cree usted que nuestros antepasados vivían así en la Tierra hace algunos millones de años?

—No. Sabemos que nuestros ancestrales eran más primarios aún que esos de ahí —replicó Belisa.

—Lástima que no dispongamos de ninguno de los seres del Neanderthal —se burló Noel, para mortificar un poco a Belisa—. La comparación sería sumamente interesante.

Con ánimo de zaherir, Belisa replicó agriamente:

—Desde luego, no le han dado el mando de esta nave por su capacidad coordinadora, señor Ossian.

—Mi padre es Secretario General del Senado —se burló él—. Puede retirarse, Bramm.

—Sí, señor.

Bramm salió y el «komander» se levantó de su asiento para acercarse a Belisa, extendiendo su mejor sonrisa.

—Mientras yo sea el «komander» de esta nave, usted estará a mis órdenes, señorita Pschitt. —Era la primera vez que Noel Ossian se dirigía a Belisa en su condición de mujer. Ella se turbó—. Pero no puedo mandarle nada deshonesto. ¿Me comprende? Soy el amo de todo esto y no puedo hacer que usted me bese ni me abrace…

—¡Señor! —exclamó Belisa, poniéndose en pie.

—Siéntese y déjeme terminar, por favor. Quizás el único Ossian que no abusa de autoridad sea yo. Es el sello de la familia. Usted y todos en la «Explorer-19» me censuran estar aquí por privilegio especial… ¡Vaya un cargo importante!

»Nos habremos muerto los Ossian, dentro de cien años, y la gente

dirá siempre que somos una plaga nociva caída sobre la humanidad. Me lo dijo mi abuelo, que fue el hombre más rico del mundo... ¡Ah, singular privilegio!

»Y, sin embargo, señorita Pschitt yo no quiero privilegios... ¡Ni esta nave siquiera de usted! ¡Métase esto en la cabeza! Si me nombraron jefe de esta nave fue por méritos propios y porque no había nadie dispuesto a dejar La Tierra e irse a jugar la vida a mil años luz de distancia. ¿Es esto un privilegio?

»Cuando se enteró mi padre que me ofrecí para este viaje, clamó al cielo y me llamó loco. Pero mi padre jamás ha podido conmigo, porque yo soy más fuerte que él. Y le vencí. Aquí estoy, aunque utilizó otros medios para sustituirme. Ordenó que el «komander» de la «Explorer-19» debía ser examinado de nuevo, junto con otros dignos cosmonautas y coordinadores técnico científicos. Hice oposición con el general Warren, con el teniente coronel Ikudo y con el dominador de Urano, Bass Tenko, de cuya capacidad nadie duda.

»Les vencí dignamente en reñida competencia. ¡Ah, pero soy un Ossian! Y la gente cree que estoy aquí por nepotismo. La gente es injusta, y usted prejuzga como los demás. Y no me gusta. Le he dicho la verdad. Le ruego que me crea.

—Lo siento, señor. Efectivamente, eso es lo que se dice de usted.

—Lo que digan o piensen los demás, no me interesa, oficial Pschitt. Pero sí me interesa lo que piense usted. Y por eso le he dicho la verdad. Si quiere, se lo puedo demostrar.

—No es necesario, señor —contestó Belisa, un tanto confundida.

—Le agradezco la confianza —Noel Ossian se cruzó altivamente de brazos delante de Belisa—. No niego que en nuestros genes hereditarios hay algo de mi abuelo, el conquistador. Pero eso es ley de herencia y no complejo de superioridad.

»Tengo parientes en la política, en la ciencia y hasta en las artes. Todos son hombres preclaros. Auténticos valores. Y no se puede valer y ser mediocre a la vez, como no se puede ser blanco y negro al mismo tiempo.

—¿Por qué me cuenta usted esto, señor? —preguntó Belisa, aturdida.

Noel se volvió y señaló a la pantalla extrapanorámica, donde estaban enfocados Tui y Verx, constantemente.

—No sé quiénes son, ni lo que dicen. Pero estoy seguro de una cosa. Esos dos seres se aman.

—¿Cómo lo sabe?

—Por puro instinto. La naturaleza ha dotado a los seres de unas cualidades especiales y mi instinto capta las sensaciones más

recónditas. Sé que yo la asusto a usted. Me considera demasiado alto y poderoso... Soy el «komander». Tengo diez mil personas a mis órdenes y puedo convertir esta nave científica en nave de guerra, si lo deseo. Soy dueño absoluto de todas las vidas puestas a mi mando.

—En un sentido oficial —replicó Belisa.

—¡Y particularmente, si lo deseo! ¿Quién va a pedirme cuentas?

—La ley.

—Yo me río de la ley. Puedo permitirme ese lujo. Soy un Ossian.

—Perdón, señor. Le ruego que me permita volver a mi gabinete.

—Ruego denegado. Quiero que se quede usted aquí. Cuando hagamos el estudio de esos seres y su mundo, usted viajará en una nave auxiliar hasta la superficie de NCGF-509, escoltada por tropas armadas, y será la primera en entrar en contacto con ese pueblo, descubierto por usted.

El semblante de Belisa se animó.

—¿De veras, señor?

—De veras, Belisa. ¿Podemos ser amigos?

Ella no replicó. Empezaba a captar en sí misma una sensación nueva, de abandono o renuncia. Noel Ossian empezaba a dominarla y se sentía débil y empequeñecida. Llegó hasta a pensar que si él se proponía abrazarla, no podría rechazarle.

* * *

Fue Tui la primera que oyó el ruido y levantó la cabeza.

—¡Mira! —gritó.

Verx la imitó.

Ambos pudieron ver, en la pureza azul del firmamento, el punto plateado que descendía, aumentando progresivamente de tamaño y acentuando el ruido.

—¿Qué es eso? —preguntó Tui, sobrecogida.

—No lo sé... Jamás lo había visto... Es algo que cae del cielo... ¡Algo extraño!

Se podía decir que el objeto descendía hacia la ladera en que ellos se encontraban, junto a un canal donde se habían tendido a beber «wark».

En pocos minutos, la nave plateada se situó a menos de cien metros sobre las cabezas de los dos eosforos y allí pareció quedarse detenida. Era una curiosa nave, provista de alerones metálicos, en forma de delta, con un cuerpo central circular, cuya forma jamás habían visto los nativos.

—¡Se ha detenido! ¡Debemos huir!—gritó Tui.

Verx la tomó de la mano y echaron a correr ladera abajo, saltando sobre el canal, que tenía medio metro de anchura.

Pero no fueron muy lejos. De pronto, ambos chocaron contra un obstáculo invisible, que les contuvo con dolor en sus cuerpos, haciéndoles caer al suelo.

Ahora, el terror les dominó por completo y Tui, instintivamente, se abrazó al hombre, con ojos desencajados, mirando al cielo donde la nave auxiliar empezaba a descender lentamente, hasta terminar posándose en tierra, a menos de cincuenta metros de distancia de donde estaban Verx y Tui.

—¿Qué… está ocurriendo? —murmuró Tui.

Verx no replicó. El miedo le había paralizado la lengua y hasta la facultad de pensar. Sólo tenía ojos para mirar el extraño objeto brillante que se había detenido completamente ante ellos y en el que se descorrió un rectángulo en un costado, surgiendo una especie de rampa metálica y estriada, por la que descendieron seis extraños seres vestidos con ropas de color verde brillante, con armas en las manos.

Una mujer de cabellos cortos y dorados salió detrás de los soldados, llevando en la mano un extraño aparato. Y la mujer sonreía amistosamente al dirigirse hacia donde estaban Tui y Verx.

Belisa Pschitt se detuvo a unos metros de la pareja. Y de su máquina salió una voz extraña que habló la lengua de los eosforos, diciendo:

—Por favor… No temáis nada… No queremos haceros daño… Somos seres de un planeta lejano, llamado La Tierra, y hemos venido hasta aquí en una gran nave tripulada por muchos seres igual a mí, que se encuentra inmóvil allá arriba.

»Os hemos observado y escuchado y uno de nuestros oficiales ha descifrado vuestro lenguaje por medio de un registro repetidor de sonidos. Hemos sometido vuestras voces, ya registradas por sonidos, en una computadora, y el resultado es la grabación que estáis oyendo.

Tui había escuchado, sin comprender. Ahora, miró a Verx.

—¿Has entendido algo?

Él tartamudeó:

—No… no… sé… más que… habla… nuestra… lengua.

Belisa movió entonces los labios y dijo:

—No temáis… Sólo quiero… hablar… con vosotros.

—¿Quién eres? —preguntó Tui, empezando a levantarse—. ¿Cómo nos has detenido? ¿Qué hay ahí? ¿Contra qué cosa hemos tropezado?

Belisa sabía que le iba a ser difícil hacer comprender a los dos aborígenes lo que les había ocurrido con la barrera magnética de protección, disparada en torno al lugar donde se encontraban, como

medida de seguridad.

—Deseo que vengáis a nuestra nave. Sabemos muchas cosas de vosotros, pero necesitamos saber mucho más. Por favor. No tengáis miedo. No os haremos daño.

La persuasión dulce de la voz de Belisa movió a Tui a la obediencia.

—Iré… ¿Quieres venir, Verx?

—No quiero dejarte sola, Tui.

Capítulo III

La curiosidad de los eosforos era inagotable. Preguntaban acerca de todo lo que veían en torno a ellos y Belisa se encontraba incapacitada de responder, comunicándose frecuentemente por radio con el oficial Bramm, que era quien estudiaba los sonidos de los eosforos, a distancia, intentando comprenderlos.

Lo primero que hizo Belisa fue acompañar a Tui y Verx a la nave auxiliar, la cual tenía una cámara autoclave para la detección de gérmenes y virus. Tanto los terrestres como los dos eosforos penetraron allí. Desde el interior, navegantes y médicos realizaron la verificación, cuyo resultado fue negativo.

Ni Tui ni Verx estaban contaminados con ninguna especie de enfermedad conocida. De todas formas, esto no era un riesgo excesivo, porque, previamente, se había efectuado una inspección telespectroquímica, tanto del aire de Eosfor, como de su suelo, vegetales y seres.

Una vez realizada la comprobación, Belisa dijo a Tui:

—Deseo que os pongáis ropas como las nuestras.

—¿Ropas? —preguntó Tui.

—Sí, prendas de vestir. Vais casi desnudos.

De un armario, Belisa extrajo varias blusas y calzones, calculando la taba de Tui y Verx. Les enseñó cómo se ponían las prendas, mientras repetía una y otra vez:

—Estas ropas son para proteger... ¡Por favor, oficial Bramm! —Belisa se dirigió a la radio que llevaba consigo —. Intente traducir mis palabras.

—Repita usted conmigo —respondió la voz del oficial Bramm.

Sin embargo, tanto Tui como Verx eran inteligentes y prestaban suma atención a todo. También se habían percatado de que aquellos seres extraños que les contemplaban con curiosidad, no eran hostiles. La sonrisa de Belisa les confiaba.

La sorpresa de ambos fue cuando salieron del autoclave y se encontraron en una cámara circular, rodeada de grandes ventanas de acero transparente, a través de las que se veía el familiar paisaje de Eosfor, con su maravilloso verdor y sus montañas.

—Este mundo es muy semejante al nuestro —explicó Belisa, con chapurreada lengua.

—¿Cómo es vuestro mundo? —preguntó Tui.

—Será mejor que lo veáis. Vamos a llevaros a la gran nave. Aquello es una gran ciudad que viaja por el espacio.

—¿Ciudad? ¿Espacio? —repitió Tui, aturdida.

Sin embargo, cuando la nave empezó a moverse, despegándose del suelo lentamente, Tui y Verx se encogieron sobre sí mismos, asustados.

—No debéis temer nada, amigos —dijo Belisa, sonriendo siempre—. No ocurrirá nada... Ya estamos en el aire. Iremos adquiriendo velocidad paulatinamente... ¡Mirad aquellos semejantes vuestros!

Belisa señaló hacia el suelo del planeta que estaban abandonando, donde se veía correr a un grupo de eosforos que se dirigían a donde había descendido la nave auxiliar.

—Nos han visto y han venido a saber quiénes somos —añadió Belisa—. Pero no podemos llevárnoslos a todos. Primero estudiaremos vuestra lengua. Quizás el «komander» Ossian quiera llevaros a La Tierra.

—¿Por qué? —preguntó Tui, confiada pero con temor.

—Nosotros os podemos traer la civilización... ¿No me entendéis? Es muy raro vuestro mundo. ¿Quién ha hecho los canales metálicos por donde se desliza el agua?

Esta pregunta no pudo ser contestada ni por Verx ni por Tui. Belisa desistió de su intento.

Siguieron los nativos mirándolo todo y especialmente hacia el suelo de su mundo que se iba alejando bajo ellos. Tui se fijó en la configuración geológica de Eosfor y pudo apreciar, desde unos mil metros de altura, el gran círculo montañoso en donde coincidían las cordilleras.

—¡El Gran Cárter! —exclamó Verx, extendiendo la mano—. ¡Míralo, Tui!

Belisa ya había visto anteriormente aquella singular geología simétrica. Por eso preguntó:

—¿Qué significa ese lago dentro del gran cráter?

Verx contestó:

—Es la fuente de la vida de Eosfor... Todas las montañas van hacia el Gran Cráter, al que no se puede subir, porque los valles se estrechan y «wark» desciende impetuosamente. Además, he oído decir que el aire en esa altura es irrespirable. ¿Por qué respiramos aquí, si estamos por encima del Gran Cráter?

Esta conversación parecía ser un diálogo de sordos. Belisa apenas si se enteraba del significado de algunas palabras. Preguntaba hacia el receptor, confiando en que el oficial Bramm le ayudase. Pero éste tampoco era un experto y se confundía con frecuencia.

Por este motivo, Belisa rogó a los dos nativos de Eosfor que se sentaran ante una mesa, y empezó a hilvanar palabras, tomando nota

mental del significado de cada sonido.

—Esto ser mano... Esto ser ojos... Boca... Repetid vuestros nombres.

—Mano... Ojos... Boca.

Habría de ser una labor ardua y Belisa se daba cuenta de ello. Por fortuna, el «komander» Ossian no le había exigido plazo alguno para realizar su experiencia antropológica con los nativos. Noel Ossian sólo había autorizado a Belisa a descender al planeta, convencer a dos seres para que les acompañase y traerlos de regreso a la «Explorer-19», cuya tripulación era la primera vez que entraba en contacto con una raza de características semejantes a la humana.

Mientras, en la gran nave, se vigilaban atentamente todas las peculiaridades del planeta conocido como NCGF-509, a fin de establecer su origen, evolución y desarrollo. Más de mil tripulantes estaban dedicados a este estudio, en las distintas ramas del saber. El resultado se entregaría al «komander» Ossian, quien recopilaría los datos y decidiría lo que era conveniente hacer.

Y si cuanto habían visto en la nave auxiliar les sorprendió, al llegar, horas más tarde a las cercanías de donde orbitaba la supernave, Tui y Verx quedaron atónitos al contemplar la inmensa mole lenticular de la «Explorer-10», una de cuyas entradas se había abierto para dejarles entrar.

La maniobra de reintegro se hizo sin dificultad, por medio de controles magnéticos automáticos, y cuando se detuvieron en el amplísimo hangar, perfectamente iluminado, Belisa se volvió a Tui y le señaló la plataforma donde se encontraba' el «komander» Ossian.

—Aquél es nuestro jefe.

—¿Jefe? ¿Qué es un jefe?

—El que manda en esta nave. Representa al gobierno de La Tierra.

Tui no lo entendió. Aceptó la explicación con expresión indefinida, y luego, siguió a Belisa hacia la salida de la nave auxiliar. La compuerta se había abierto y la rampa estaba fuera. Ciertamente amedrentados, los dos eosforos siguieron a Belisa.

Noel Ossian estaba impresionante en su plataforma, protegida por una cúpula transparente. Alzó la mano y, en lenguaje eosforo, dijo estas palabras:

—Bienvenidos a la «Explorer-19».

* * *

Cualquier otro «komander» se habría sentido un poco Cristóbal Colón pisando el Nuevo Mundo. Noel Ossian se daba cuenta perfectamente de que la humanidad había establecido contacto con

otra raza y algo que no podía explicar satisfactoriamente, le hacía creer que los habitantes de NCGE-509 no eran tan salvajes como su aspecto semidesnudo daba a entender.

Si había dejado ir primero a Belisa, como oficial encargada del gabinete de antropología, era debido a que Noel, cuando conoció a Belisa, sintió por ella una atracción especial. Su deber, sin embargo, era primero. Él no debía abandonar su nave.

Pero estudió concienzudamente todos los informes que le fueron emitidos y escuchó por el receptor de Belisa toda la conversación sostenida con Tui y Verx.

Luego, cuando Belisa regresó les hizo una ceremonia de recepción y ordenó que los nativos fuesen conducidos a una cabina cada uno, vigilada por tropas, donde debían ser visitados por médicos, etnólogos, filólogos y demás técnicos relacionados con los aborígenes.

También había dado orden de mantenerse en órbita en torno a NCGF-509 hasta que la exploración y el estudio hubiesen terminado.

Una vez Tui y Verx en sus cabinas, el «komander» llamó a Belisa. Y su primera pregunta fue:

—¿Qué impresión ha sacado usted, Belisa?

—Desde luego, son seres inteligentes, señor. Nos costará comprender su lenguaje, pero no será difícil conversar con ellos. En un par de semanas, teniendo la clave de sus sonidos, nos entenderemos perfectamente.

—Ella es una mujer muy bonita —añadió Noel Ossian.

—Lo he observado, señor. Se trata de una raza exactamente igual a nosotros, por lo que sabemos hasta ahora, y no me extrañaría que tuviesen alguna relación con nosotros.

—¿Relación? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó el «komander».

—Se me ha ocurrido que en el pasado, alguna nave terrestre pudo llegar hasta aquí.

—¡Eso es imposible, Belisa! —contestó él—. La navegación espacial no estuvo jamás tan adelantada como para realizar este viaje. Nosotros somos los primeros en llegar a este planeta, procedentes de La Tierra. De eso no tengo la menor duda.

—Entonces, puede que estos seres hayan ido a La Tierra.

—¿No quiere usted admitir que hemos podido crecer en distintos mundos, con una idéntica morfología?

—Se me hace muy difícil creer tal cosa, señor.

—El lenguaje que hablan no tiene ningún parecido con el nuestro. Aquí tengo el informe de Braum. Utilizan la lengua y los labios, como nosotros, pero sus sonidos son diferentes. Además, viven en el más absoluto abandono, sin viviendas...

—La temperatura de ese planeta es ideal, señor. No hay vientos, ni nubes... Diríase que hemos llegado a un paraíso perfecto, donde los habitantes no necesitan hacer nada, excepto comer el fruto de los árboles y beber agua de sus canales.

—¿Y esos canales? —preguntó Ossian—. ¿Cree usted que son obra de la naturaleza?

—Eso es lo más extraño, señor —contestó Belisa, frunciendo el ceño—. En una próxima visita, debemos reconocer detenidamente esos canales, seguirlos hasta su origen y hacer un estudio completo de ellos. Parece ser que los nativos no saben quién los ha hecho.

—No debemos precipitarnos en afirmaciones —atajó Noel Ossian —. Lo más importante es hablar con esos seres y aprender su lengua. Luego, ellos mismos nos dirán todo lo que deseamos saber. Ocúpese personalmente de la mujer, Belisa. El oficial Braum se encargará del hombre. Consúltense continuamente y aprenda usted esa lengua.

—¿Empieza usted a darse cuenta de que esos individuos pueden ser interesantes? —inquirió Belisa.

—Todo ser es interesante, desde el punto de vista biológico, Belisa —contestó Noel, con una sonrisa amable—. Ésa es nuestra misión. Pero no es eso sólo. El informe del oficial Tormel afirma que en NCGF-509 habitan más de cien millones de esos seres. Su número, pues, es importante.

»Eso, unido a que ignoramos lo que hay en la cara oculta del planeta, el misterio de su origen, los canales de agua y su forma de vida primitiva, pero, a la vez paradisíaca, me hace creer que nos enfrentamos ante una raza de criaturas singulares.

»No descarto la idea de que puedan ser parientes nuestros, por alguna razón u otra, y tal vez encontremos el modo de averiguarlo. En la Universidad aprendí que en el cosmos pueden existir infinidad de razas, porque hay infinidad de mundos. Y algunas, desarrolladas en ambiente similar al nuestro, pueden ser como nosotros. Hay que admitir que todos somos criaturas de Dios.

—Hay quienes niegan eso, señor —dijo Belisa.

Él se levantó, rodeó la mesa y se acercó a ella.

—¿Usted?

—No, señor. Yo, no.

—Me alegro de oírle decir eso, Belisa, porque... —Noel Ossian hizo una pausa para mirar a la mujer intensamente a los ojos—. Creo que la aprecio a usted.

Ella bajó la mirada.

—Por favor, señor. No debería usted decir eso... Es el «komander» y yo una oficial técnico.

—Es usted mujer, Belisa. Una mujer hermosa e inteligente. De haber sabido antes que iba usted en esta nave...

—Me vio cuando partimos de Glabor, señor. Yo estaba entre los oficiales.

—Apenas me fijé en nadie. Lo siento, créame. Y luego la he visto en la pantalla y en alguna reunión. Pero ha sido de pronto. Al verla ante mí, informándome. Por eso la hice venir personalmente.

—He comprendido, señor —musitó Belisa, a quien Noel Ossian empezaba a no serle sentimentalmente indiferente—. ¿Se ha enamorado usted de mí?

—Sí —declaró él —. Eso es exactamente.

Ella le dirigió una sonrisa y preguntó:

—¿Qué debe hacer una oficial a sus órdenes en este caso?

—No lo sé, Belisa. Es la primera vez que me enamoro de una de mis oficiales. Supongo que debe usted recapacitar sobre mis sentimientos y darme la oportunidad de demostrarle toda mi sinceridad.

—¡Oh, me parece que es usted un hombre antiquísimo, señor!

—Pretendo ser correcto.

—Cualquier otro hombre me propondría matrimonio.

—Yo soy el «komander» —dijo él —. Pero voy a olvidarme ahora de ello.

Y sin esperar más. Noel Ossian deslizó sus manos por la espalda de Belisa y la atrajo hacia sí. Ella cerró los ojos y se dejó besar.

* * *

Tui hizo un esfuerzo para sonreír a Belisa.

Estaban ante una mesa dispuesta para la comida, donde se habían colocado las conservas naturales de la despensa de la «Explorer-19».

—¿Qué es esto? —preguntó Tui, señalando un plato.

—Carne y hortalizas. El doctor Krammer asegura que no te hará daño. Observa cómo lo hago yo —Belisa tomó tenedor y cuchillo y cortó la blanda carne con destreza—. Ahora, se inserta en el tenedor... ¡Esto es el cuchillo!

—Cuchillo... ¡Qué nombres más curiosos!

El léxico de Tui y Verx era reducido, pues no conocían nada de los humanos. Por esta razón, debían aprender el nombre de todas las cosas que había en la supernave. Ellos sólo hablaban de su mundo, su sol, sus montañas, «groz», «wark» y otros vocablos más que Belisa y el oficial Bramm habían aprendido rápidamente.

Y, poco a poco, Belisa iba conociendo las increíbles costumbres de

los eosforos.

—¿Vuestros padres os traen al mundo y os dejan solos en cuanto sabéis andar?

—Sí. No corremos ningún peligro. Vivimos plácidamente, jugando unos con otros, comiendo, descansando.

—¿Y no dormís?

—No. Pero nos tendemos en tierra cuando estamos fatigados y cerramos los ojos. El sueño debe de ser una necesidad vuestra, ya que trabajáis. El oficial Bramm dice que todos debéis trabajar.

—¡Es increíble, Tui! ¿Qué edad tienes?

—¿Qué es la edad?

—¿Cuánto tiempo hace que has nacido?

Tui había sonreído, sacudiendo la cabeza.

—No sé qué es el tiempo.

—El tiempo es un factor muy importante. Nos sirve para medir nuestro trabajo, nuestro esfuerzo, nuestra edad. Nosotros lo comparamos todo con el tiempo. Es «cronometración». En la Tierra se mide todo y se compara.

—Nosotros no tenemos tiempo. No comparamos nada.

—Escucha. No me entiendes. Si queremos saber si una persona es joven o vieja, contamos los años que hace que nació y la comparamos con otra edad. Yo nací hace veinticinco años. Tú debes ser más joven que yo, supongo.

Tui volvió a sonreír ingenuamente.

—Tú eres una mujer muy bonita. Me gusta tu cabello... ¿Se dice cabello a esto? —Tui se tocó la cabeza. Y como Belisa asintiera, añadió—: Eres más bonita que yo... ¡Como Verx!

—¡No, por Dios! Verx es un hombre... Y no niego que es un hombre muy apuesto. Sigamos con vuestro concepto del tiempo. Eso nos ayudará mucho. Sé que no tenéis noche nada más que en el otro hemisferio de vuestro mundo y que vivís siempre en la claridad. ¿Qué hay en la oscuridad?

—En las sombras está el Más Allá... Hacia allí vamos cuando nos llega el mandato. Nadie regresa.

—¿Es un cementerio?

Tui no podía responder. Explicó a Belisa que ellos nacían, vivían, comiendo y caminando, jugando o bebiendo, y que el tiempo no tenía sentido en ellos. Pero que había un mandato que cumplir, del que nadie se libraba.

—El mandato nos hace irnos al Más Allá, a la región de la sombra eterna.

—Eso debe de ser el fin —murmuró Belisa—. Por lo tanto,

vosotros, como todos los seres de la creación, tenéis un origen y un fin. Vuestra vida no la sabéis medir, pero el tiempo existe.

—Yo sé contar todo lo que veo. Pero, ¿cómo contar el tiempo?

—Nosotros lo contamos por días, meses, años... Y los días los fraccionamos en horas. Es nuestra rotación la que nos hace distinguir el tiempo. En la Tierra hay día y noche.

—¿Y estáis a oscuras, como cuando el oficial Bramm apagó la luz?

—Sí. Pero tenemos luz artificial.

—¡Yo pasé un miedo terrible! ¡Me puse a chillar! ¡El no ver a nadie me aturdió!

—¡Pobrecilla! —Belisa acarició la cabeza de Tui—. Fue una prueba. Esa es la oscuridad. Ausencia de luz. La noche es así. Pero tenemos la Luna y las estrellas, que nos alumbran. Luego, viene el día. Trescientos sesenta y cinco días hacen un año. Y nosotros vivimos un promedio de ciento diez años. Transcurrido ese tiempo de vida, nuestros organismos se cansan, envejecen y se mueren. Hay quien vive más, y quien vive menos.

»No sabemos nunca cuándo hemos de morir, y vosotros tampoco sabéis cuándo os llega el mandato, hasta que sucede.

—Sí.

—Deberíamos establecer una comparación de tiempo, a fin de averiguar vuestra longevidad...

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Noel Ossian.

Capítulo IV

—¿Puedo entrar?

Belisa se puso en pie, y Tui, tras ligera vacilación, la imitó.

—Sí, Noel —dijo Belisa, sonriendo—. Estamos realizando la prueba alimentaria del oficial Frammer.

Muy serio, Noel se acercó, y dijo:

—Ya no será necesario, Belisa. He recibido instrucciones del Senado.

—¿De veras? ¿Qué dicen?

—Eosfor pasa a ser propiedad de la Tierra, en forma de colonia de adaptación.

—¿Qué?

—Eso es lo que ha acordado el Senado mundial. Los eosforos han de ser civilizados. Hemos de aterrizar y permanecer aquí hasta que lleguen las naves colonizadoras. De momento, me han nombrado Gobernador General de Eosfor.

—Pero... ¡Esto es absurdo, Noel! ¿Te das cuenta de lo que significa? ¿Qué se proponen hacer con estos seres pacíficos y felices?

—Adaptarlos, civilizarlos, darles enseñanza...

—¡No! —gritó Belisa, descompuesta—. Eso es inicuo... Ellos no nos necesitan. No necesitan nuestra civilización.

—Lo siento, Belisa. Creo que te equivocas. Nosotros les daremos cultura, ciencia, técnica. Contribuiremos a su progreso.

—¡Qué absurda estupidez! ¿No te das cuenta de que son más felices tal y como son que si les obligamos a estudiar, a trabajar y a hacer una serie de cosas que no necesitan?

—¡No podemos dejarlos en la ignorancia! En este caso no puede existir intercambio cultural, porque son unos ignorantes. Pero el Senado es justo. Estima que siendo seres inteligentes, debemos civilizarlos.

—¡No lo permitas, Dios mío! —exclamó Belisa, llevándose las manos a la cabeza y sorprendiendo a Tui con su actitud—. Si los hombres se mezclan con ellos, su paraíso se convertirá en un infierno, como es nuestra Tierra.

—Yo no tengo la culpa de que los seres humanos seamos tan pasionales —replicó Noel—. Puede que esto no suceda con los eosforos. Su sencillez e ingenuidad es como cera moldeable en manos de nuestros educadores.

»Es necesario enseñarles religión, crear viviendas para ellos, comodidades.

—Serán explotados. Los hombres que vengan aquí los tomarán como esclavos y los harán trabajar duramente, porque si ellos viven del agua y del fruto de los árboles, nosotros no somos así.

—Bueno. Soy el primer Gobernador General. Dictaré leyes provisionales que defiendan los intereses de estos nativos —Noel se volvió a Tui, la cual estaba silenciosa y seria, mirándoles, y le dijo—: No debes temer nada, Tui. Volverás a Eosfor.

—¿Voy a volver allá abajo?

—Sí.

—¿Vendrá Verx también?

—Sí.

—¡Oh, es usted muy bueno, «komander»!

—Nosotros también iremos con vosotros. Posaremos la nave en tierra y tus hermanos podrán visitarnos. Queremos que vayáis todos vestidos y que tengáis botas para vuestros pies.

—¿Pies...? ¡Oh, me duelen!

—Os tenéis que acostumbrar. Hemos de ensayar nuevos cultivos en vuestro suelo...

—Tui es de un mundo donde no cuentan el tiempo, Noel —dijo Belisa—. Sé que van a ser muy desgraciados si les ponemos leyes.

—Serán leyes justas. Es justo que trabajen para construir sus propias viviendas.

—¿Por qué, Dios mío? ¿Acaso las necesitan? Aquí no llueve. El sol es benigno y suave. Tienen el alimento que necesitan... ¡Y ni siquiera necesitan nuestros zapatos!

—¡Pero están sin civilizar!

—Su escasa civilización les hace vivir más felizmente que nosotros.

—¡No cuidan a sus hijos!

—¡Pero no se les muere ninguno!

—¡Basta, oficial Pschitt! —gritó Noel, autoritariamente—. Estamos saliéndonos de la cuestión principal. He recibido órdenes superiores y debo cumplirlas. No somos nosotros los más indicados para juzgar si está bien o no. Mi deber es obedecer.

Belisa ya no encontró palabras para responder.

Noel miró brevemente a Tui, sonrió, como queriendo confortarla y luego dio media vuelta, abandonando la cabina.

—¿Qué ha querido decir el jefe?

La pregunta de Tui sobresaltó a Belisa, la cual se encontraba inmersa en profundos y desolados pensamientos.

—Ha querido decir que nos mandan volver a tu mundo, Tui.

El semblante ingenuo de Tui se animó.

—¡Oh, eso me alegra! Podré volver a subir montañas, a caminar, a

vivir libremente.

—Mucho me temo que ahora no será como antes, Tui —dijo Belisa, tristemente—. Yo conozco a mis semejantes mejor que tú. Nosotros somos gentes civilizadas, técnicamente avanzadas, en constante progreso... Pero que no hemos podido aún desarraigar el instinto animal de nuestros antepasados.

»Somos pasiones, brutales, odiamos, mentimos... ¡Oh, sé que no lo entiendes, Tui! Quisiera poder explicártelo de otro modo. —. ¡Somos malos!

—¿Malos? ¿Qué quiere decir eso, amiga mía?

—Mira.

Al decir esto, Belisa agarró a Tui del brazo y le presionó con las uñas, hasta que la eosfora hizo un gesto de dolor. Entonces la soltó.

—Te he hecho daño.

—¿Por qué?

—Es un ejemplo. Yo no soy mala. Pero muchos de nosotros lo son. Te harán daño por el placer de hacértelo.

—Verx me defenderá —contestó Tui, simplemente.

Belisa sonrió. Conocía los sentimientos de Tui hacia Verx.

—Sí, es muy hermoso que él te defienda.

—Es más fuerte que yo.

—Desgraciadamente, la fuerza no soluciona nada. Todavía no nos conoces. Cuando sepas cómo somos, comprenderás que vuestro paraíso se ha terminado.

* * *

El oficial Rony Bramm no llevaba sus estudios con Verx del mismo modo que Belisa. Empleaba, otra táctica más directa, más fría y calculadora, y ello había creado ya un sentido de desconfianza en el primario Verx.

—No es necesario que me entiendas, Verx —decía Bramm—. Quiero que razones. Fíjate en el reloj.

—El reloj es bonito —contestó Verx, queriendo sonreír; aunque estaba cansado de mantenerse sentado en aquella incómoda postura —. ¿Qué le hace moverse?

—No lo entenderías. Fíjate en la aguja de los segundos.

—Sí. Se mueve.

—Exactamente. Se mueve. Y yo quiero que me digas lo que haces durante el tiempo en que esa aguja se está moviendo. Piensa que estás en tu mundo.

—No pienso que estoy en mi mundo. Pienso que estoy aquí y que todo es nuevo para mí —replicó Verx.

Con frecuencia, Rony Bramm perdía la paciencia y golpeaba la mesa.

—¡Necesito establecer una base de referencia, necio! ¡Es el reloj lo que nos ha de dar esa base! ¡Acostúmbrate a verlo! Sé que comes cada veinte horas, porque lo he visto. Bebes cada treinta y seis horas. ¿Es ése tu período alimenticio?

Verx denegó con la cabeza.

—No sé.

—¿Cuántas veces come y bebe un eosforo en su-vida?

—No lo sé.

Rony Bramm sintió deseos de golpear a Verx, pero se contuvo. Se levantó, fue hasta un armario y tomó un frasco de cordial, sirviéndose una dosis.

—¡Esto es inaguantable! Vamos a dejarlo por hoy, ¿entiendes?

—Hoy... ¿Qué es hoy?

—Un período de tiempo, durante el cual el reloj da dos vueltas completas.

—¿Por qué da vueltas? Yo no veo moverse estas agujas, pero antes, recuerdo que ésta se encontraba aquí.

—¡Vámonos! Daremos una vuelta por la nave.

Bramm tomó a Verx del brazo y le llevó hacia la salida. La puerta se descorrió automáticamente, por influjo electrónico de proximidad, y luego se volvió a cerrar.

Avanzaron por la galería número 15, donde se encontraban las cabinas de oficiales.

—Iremos al salón de deportes. Quiero que veas cómo practican el deporte en La Tierra.

Un ascensor les condujo a otro pasillo inferior, que desembocaba en una gran nave, profusamente iluminada, donde habían distintas pistas de entrenamiento y competición deportiva. Vieron a numerosos atletas ejercitándose. El terreno era de tierra auténtica.

—¿Por qué corren aquellos hombres? —preguntó Verx.

—Hacen una carrera. Vence el que llega primero.

—¡Oh! ¿Puedo correr yo también?

Pese al malhumor que tenía, Bramm sonrió.

—Sí. Ven. Hablaré con el oficial de deportes.

Se dirigieron hacia un lugar del campo deportivo, donde el oficial Pitty estaba dando instrucciones a un grupo de nadadores. La llegada de Bramm y Verx les distrajo.

—Estoy mostrando a Verx cómo se hace deporte. Me ha pedido

que le dejemos competir.

Al oficial Pitty le dio risa la petición del que consideraba un primate de NCGF-509.

—Sí. Dile que sí. Correrá con el equipo de cien metros libres. Venid a la pista.

Verx estaba muy contento. Pero cuando le dijeron que debía ponerse unas zapatillas y vestir prendas deportivas, denegó con la cabeza.

—No… Yo me quitaré las botas… Me duelen los pies.

Pitty se encogió de hombros. Luego, informó a Verx de los pormenores de la prueba.

—Hay que alinearse junto con los demás corredores… Y salir corriendo cuando yo haga el disparo. ¿Entendido?

Bramm repitió a Verx las instrucciones y éste asintió.

Luego, se alineó en la pista con otros cinco corredores. Todos sonreían divertidos. Eran los corredores más veloces de la tripulación del «Explorer-19» y sus marcas estaban catalogadas entre las mejores del mundo.

—¡Preparados!—advirtió Pitty, alzando el detonador.

Verx le miró y sonrió. Se había agachado del mismo modo que hacían los otros corredores.

Y cuando sonó el disparo, todos salieron velozmente, mientras que Verx quedó allí, sorprendido y perplejo.

—¿Por qué no corres? —le gritó Bramm.

Pitty reía a carcajada limpia, mientras que los corredores llegaban a la meta.

—¡Ruido grande! —exclamó Verx, señalando el detonador de Pitty —. Me he asustado… Pero correré.

Y, de pronto, Verx echó a correr de un modo que borró la sonrisa de los labios de cuantos deportistas le estaban contemplando. Partió como una saeta, moviendo sus piernas con extraordinaria rapidez a tal velocidad que era imposible vérselas.

—¡Diablos! —masculló el oficial Pitty—. ¿Qué es eso?

Verx destrozó todas las marcas de velocidad, dando la vuelta completa al terreno deportivo y deteniéndose donde estaban Pitty y Bramm, atónitos ambos. Y lo más sorprendente era que al acercarse, no parecía dar muestras de cansancio.

Incrédulo, Bramm le auscultó el pecho.

—Apenas si se le ha alterado el pulso.

—¡Jamás he visto nada igual! —exclamó Pitty—. ¿Lo sabe el «komander»?

—Le informaré —replicó Bramm.

Y no fue sólo aquello. Pitty tuvo interés en hacerle a Verx unas cuantas pruebas, de las que salió airoso totalmente. Primero saltó sin esfuerzo aparente cuatro metros de altura, sobre una barra fija. En una prueba de salto aventajó en tres metros y medio al campeón de salto, que tenía el «récord» de los ocho metros. Verx saltó doce metros y medio.

¡Luego levantó quinientos kilos de peso, en halterofilia, mientras que el campeón sólo pudo levantar doscientos!

Y Verx no parecía un atleta, sino un individuo bien constituido.

—¡Este sujeto es formidable! Si todos en Eosforo son como él, nos aventajan físicamente.

—Por suerte, su inteligencia es muy reducida —replicó Bramm.

También Verx envió el martillo más lejos que nadie, aunque demostró no poseer ninguna clase de técnica ni entrenamiento. Se limitada a ver lo que hacían los atletas terrestres y él procuraba imitarlos, aventajándoles siempre en el primer intento.

—Desde luego —comentó Pitty—, no tiene idea de lo que es deporte. Pero es invencible.

* * *

—¿Qué hacen ahí esos hombres? —preguntó Verx, cuando pasaron ante una sala de justicia.

—Están juzgando a un criminal —contestó el oficial Bramm—. Ven, entremos. Aquí no se puede hablar. Los jueces están concentrados en su trabajo. Las máquinas parlantes conocen lo sucedido y exponen sin omitir nada. Es lo que se llama un sumario electrónico.

Se acercaron a la entrada de la sala de justicia, cuyas paredes eran de acero transparente, para cuando se tenía que celebrar un gran juicio y acudía mucho público.

Se estaba juzgando a un técnico de máquinas que había aplastado la cabeza a un compañero, después de una discusión provocada por el juego. Tales incidentes eran frecuentes en la tripulación de la supernave. Y de estas cosas se encargaba un oficial jurídico, ayudado de sus subalternos.

El oficial hacía de juez.

A su derecha había una mujer muy bella, y a su izquierda había otro magistrado. Las máquinas parlantes sustituían a los antiguos abogados y fiscales.

Precisamente, acababa de empezar el juicio y la máquina acusadora estaba diciendo:

—... juego prohibido. Mak Greor perdió y acusó a la víctima de haberle engañado con los naipes fabricados por éste. Discutieron, subiendo de tono, y Mak Greor enfureció. Luego, sin que nadie pudiera impedírselo, dada la rapidez con que actuó, agarró una herramienta pesada y golpeó a Jo Bool en la cabeza, fracturándole el cráneo. La víctima murió instantáneamente.

Verx miró al hombre que estaba sentado en una silla metálica, delante de los jueces. Observó que llevaba puesto un casco sobre la cabeza y tenía las manos sujetas a la silla, así como los pies. No se movía en absoluto, ni despegaba los labios.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó Verx.

La mujer que estaba sentada a la derecha del juez miró hacia Verx y gritó:

—¡Silencio! ¡Está prohibido hablar en la sala!

—Ruego a su señoría que disculpe a Verx, el eosforo —replicó Bramm—. Siente curiosidad por saber cómo administramos justicia.

—Se suspende el juicio —declaró el juez, presionando un botón del tablero de mando sobre su mesa.

El escaso público que había en la sala se volvió entonces para ver a Verx, mientras el juez y sus ayudantes abandonaban el estrado y se dirigían a donde estaban Bramm y Verx.

—Soy el oficial Bramm, del gabinete de filología.

—¿Se entiende usted con él? —preguntó el juez oficial.

—Sí, bastante bien.

—¿Cómo hacen ellos la justicia? —preguntó la ayudante del juez, de nombre Gela.

—Me temo que no saben lo que es eso —contestó Bramm—. Ni siquiera son capaces de comprender la diferencia entre el bien y el mal.

—¿Entiende nuestra lengua?

—Sí. Pero sólo conceptos fáciles.

—El hombre que juzgamos aquí ha matado a otro. Una máquina, provista de un detector de mentiras, ha escuchado la explicación del acusado —dijo Gela—. Otra máquina registradora ha escuchado a los testigos y al oficial de policía. Nosotros hemos dado cuerpo jurídico al hecho y oímos las dos partes. Las máquinas han sido computadas y la verdad reducida.

Verx sacudió la cabeza, sin comprender.

—¿Qué ha hecho ese hombre? ¿Ha matado a otro? ¿Le ha quitado la vida?

—Sí. Le ha causado tanto daño que el otro ha fallecido.

—No entiendo. ¿Qué le harán ustedes al que ha matado?

—Aguarde y lo verá. Por eso se le juzga en la silla eléctrica —dijo el juez Morr—. Si es culpable, se le matará inmediatamente.

—¿Matan ustedes al que mata?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Debemos castigar al culpable. De no ser así, nos mataríamos los unos a los otros, retrocediendo a la ley de la selva —dijo Gela.

Se reanudó el juicio, poco después, y el acusado fue declarado culpable y condenado a morir en la misma silla en que se encontraba sujeto. Entonces, el reo se puso a chillar, sobresaltando con sus gritos de terror a Verx.

Pero su oposición duró poco. Gela presionó un pulsador sobre la mesa y accionó un disparador eléctrico de alto voltaje. En un segundo, el técnico de máquinas, Mak Greor, quedó carbonizado y cesaron sus gritos de terror. El aire de la sala de justicia, empero, quedó impregnado de un desagradable olor a carne quemada.

El público se retiró entonces y el oficial juez Morr y sus ayudantes se dirigieron de nuevo a donde estaban Verx y Rony Bramm, mientras dos subalternos procedían a retirar el cadáver del ajusticiado, el cual sería totalmente incinerado.

—¿Qué te ha parecido nuestra justicia? —preguntó Gela a Verx, sonriendo.

—¿Ha muerto ese hombre? —preguntó Verx.

—Sí. Era un criminal.

—Usted también es una criminal, porque le ha matado a él.

* * *

Verx entró en la cabina donde se encontraba Tui, sentada en el suelo, con un libro de fotografías entre las piernas, examinando paisajes y lugares importantes de La Tierra, tanto del pasado como del presente.

Verx venía solo. Su ceño estaba fruncido.

—No me gustan los terrestres, Tui.

—¿Qué dices, Verx? Son muy buenos con nosotros. Amables y generosos.

Tanto Tui como Verx ignoraban que sus palabras estaban quedando registradas en una grabadora accionada a distancia por un oficial de observación secreta, según órdenes del «komander» Ossian.

—Eso es lo que parecen. Pero hacen Cosas terribles... ¡Se matan entre sí!

—¿Se matan? ¿Qué quieres decir?

—Se causan tanto daño que dejan de vivir.

—Recibirán algún mandato —replicó Tui.

—No. Es furia… Son cosas que nosotros no entendemos aún, pero que habremos de entender. El oficial Bramm quiere saber cuántas vueltas de reloj tiene nuestra vida, desde que venimos al mundo hasta que nos vamos a la oscuridad. Tú sabes contar mejor que yo.

—Ya he pensado en eso, Verx. He dicho a Belisa que llevaremos la cuenta del tiempo y se lo diremos.

—Las patas del reloj habrán de andar mucho para saber lo que ellos quieren saber. ¿Por qué hemos de saber las vueltas que da entre una comida y otra?

Tui sonrió cordialmente.

—Escucha, Verx. Van a venir a vivir con nosotros. Nos enseñarán muchas cosas que ignoramos. Nos darán sus máquinas y sus alimentos extraños, aunque a mí me gusta más el «groz» de Eosfor que la comida de los terrestres.

—Y nuestro «wark» es mejor que el suyo.

—Pero tienen máquinas que vuelan… ¡Y muchas cosas sorprendentes! Mira este libro que me ha dejado Belisa… Es un libro donde ponen fotografías de cosas.

—¿Fotografías? ¿Qué es eso?

—Estas casas son las que ellos tienen en La Tierra. Con una máquina, la copian y la ponen aquí. Pero la casa está allí. Es una copia… ¡Y tienen muchas máquinas de hacer cosas extrañas!

—Nosotros no necesitamos nada de esto, Tui —repuso Verx, muy serio—. No necesitamos a los terrestres. Si vienen a vivir con nosotros, nos harán daño.

—¿Por qué nos han de hacer daño?

—Si se hacen daño entre ellos mismos, y se matan, ¿qué es lo que no harán con nosotros, que no tenemos máquinas?

—Piensas mal, Verx. Nosotros no estamos civilizados. Ellos sí. Y nos traen la civilización.

—¡Es malo! No debemos aceptarlo. Que se vuelvan a su mundo y que nos dejen a nosotros en paz. Te quiero, Tui, y deseo tener un niño contigo.

—Yo también te quiero, Verx. Tendremos el niño y luego iremos a subir a las montañas. Y si Belisa nos lleva en su máquina voladora, podremos ver de cerca el Gran Cráter.

—¡Si ellos vienen a Eosfor, iluminarán el Más Allá con sus luces y ya no podremos oír el mandato!

—¡En el más allá está el final, Verx! No debemos ir. Belisa me ha dicho que ellos irán a explorar la oscuridad y averiguarán el secreto de lo que allí ocurre. Entonces sabremos por qué no vuelven nuestros

semejantes.

—¡Un gran daño caerá sobre todos nosotros, Tui! —exclamó Verx —. No debemos permitirles que vengan a vivir con nosotros.

Cuando Noel Ossian escuchó la grabación de esta charla, una vez traducida, pensó:

«—Belisa Pschitt tiene razón… ¡Pero nadie puede oponerse al progreso de la civilización!».

Capítulo V

Nadie, excepto Belisa Pschitt, podía entrar en la cabina particular del «komander» de la «Explorer-19». Era un auténtico refugio que comunicaba con la cabina de control por medio de ascensores verticales y horizontales.

En realidad, excepto la guardia personal de Noel Ossian, nadie sabía en qué lugar de la compleja supernave se alojaba el jefe supremo. Este secreto obedecía a razones de seguridad establecidas por el reglamento de las fuerzas espaciales.

Una noche, Belisa recibió la llamada del «komander», por visófono interior.

—Ven a verme, Belisa. Quiero hablar contigo.

—¿Dónde estás, Noel? —preguntó la oficial del gabinete de antropología.

—En mi cabina privada.

Ella no tuvo más que salir al pasillo y penetrar en un ascensor. En la rejilla del acústico electrónico, dijo:

—Voy a la cabina privada del «komander».

El trayecto de la camareta fue sinuoso, complicado y extraño. Pero Belisa no prestó atención a los descensos, subidas y desplazamientos horizontales, absorta como estaba en el pensamiento de estar de nuevo con Noel, al que no veía desde hacía más de diez días.

La «Explorer-19» se encontraba ya posada en uno de los valles de Eosfor, protegida de la curiosidad de los millares de nativos que venían a contemplarla por medio de una barrera magnética invisible, que nadie podía atravesar.

Entre los eosforos se había corrido la voz de la arribada de la extraña nave y el valle apenas podía albergar a tanta gente.

Aún no habían salido los terrestres al exterior a establecer contacto con los moradores del planeta, pero se esperaba que, de un momento a otro, Noel Ossian diera la orden de abrir compuertas y salir a explorar «in situ» aquel mundo.

De pronto, Belisa vio descorrerse la puerta de la camarera y se encontró en una sala de techo bajo, de lujo extraordinario, acogedora y artísticamente ornada, donde se encontraba Noel Ossian, ataviado con una especie de capa carmesí.

Él avanzó hacia ella y la besó cálidamente.

—Me alegro de que hayas venido, Belisa. Sentémonos aquí.

Señaló un asiento muelle, junto a una mesita de deslizamiento por control remoto, sobre la que tenía una grabadora tridimensional,

capaz de reproducir indistintamente imagen, sonido y «materia», aunque ésta última no era más que una ilusión óptica creada por una proyectora triple.

—¿Has trabajado mucho, querido? —preguntó Belisa.

—Sí. No hace mucho me dijiste que yo tenía este cargo debido a mi nombre. Un Ossian es capaz de conseguirlo todo con sólo desearlo.

—Lo siento, Noel. Entonces no te conocía.

—He terminado mi estudio coordinador sobre Eosfor, querida. Deseo que seas la primera en conocerlo. Ahí está —Noel Ossian señaló la grabadora tridimensional—todo el trabajo recopilado de los distintos servicios técnicos de esta nave. Las resultantes son fantásticas.

—¿Qué se deduce de todo ello?

—Algo auténticamente increíble. Escucha.

Noel presionó un registro de la grabadora y ésta se puso en marcha, lanzando tres focos de luz invisible hacia un espacio despejado, frente a ellos, donde aparecieron las imágenes de Verx y Tui.

La voz de Noel Ossian empezó diciendo:

—Éstos son Verx y Tui, habitantes de Eosfor. Él tiene ochenta y nueve años terrestres y ella sólo veinte. Pertenecen a una raza de seres completamente sanos, que pueden vivir diez veces nuestra edad media, o sea, unos mil años terrestres.

»Su constitución física. —La proyección tridimensional se centró en diversos órganos interiores de Verx, mostrando su corazón, sus pulmones, estómago, en vistas radioscópicas de gran nitidez y en perfecto funcionamiento—es una maravilla. Están constituidos exactamente igual que nosotros y se reproducen del mismo modo.

»Su mente, es, sin embargo, primaria y adaptada a su mundo. —Ahora la proyección reveló secuencias de Eosfor, sus montañas y valles, desde ángulos distintos y a escala reducida —, en el cual viven plácidamente, comiendo un fruto que arrancan de los únicos árboles que poseen.

»Este fruto, al que llaman «groz» contiene la base alimenticia suficiente para el perfecto funcionamiento de sus organismos. Lo toman periódicamente, cada veinte horas, aproximadamente, y cada treinta horas beben un líquido que llaman «wark» y que es un compuesto mineral de gran poder energético y vitamínico natural, cuya composición detallo en las referencias anexas.

»Es lo único que necesitan para su subsistencia: fruta y agua. Ello les permite vivir sin fatiga. No necesitan dormir y desconocen totalmente la medida del tiempo, puesto que Eosfor no tiene días ni

noches, por presentar siempre el mismo hemisferio, sin variabilidad, al sol central, que ellos llaman Akbain, y cuya influencia calorífica es constante.

«Carecen de sentido religioso. No odian ni aman. Sus sentimientos son básicos. Se atraen físicamente los seres de sexo opuesto. Engendran y luego abandonan a sus hijos para seguir viviendo sus vidas, sin más preocupaciones.

«Estos niños crecen solos. Su instinto les lleva a comer el «groz» y a beber el «wark» y se van desarrollando lentamente, tomando el camino que más les gusta.

«Sin embargo, estas gentes viven en un gran sector circular de Eosfor, que comprende desde el paralelo treinta al noventa, aproximadamente. Del treinta al cero, las cordilleras se elevan hasta unirse a un gran cráter central que contiene un lago de doscientos kilómetros de diámetro.

«De ese lago proceden los extraños canales que nadie parece haber construido y cuyas aguas van a perderse en la región oscura del planeta, allá donde terminan las cordilleras y todo es liso y desprovisto de hierba. Allá empieza la oscuridad y la muerte. Allá no se puede vivir, porque las temperaturas descienden extraordinariamente. Y hacia allá se dirigen siempre los eosforos cuando siente que van a morir. Ellos llaman a esto el mandato. Lo aceptan sin tristeza ni alegría. Les ha llegado la hora y emprenden un camino hacia la oscuridad que nadie sabe cómo termina.

«Nosotros hemos explorado esa región misteriosa y no hemos encontrado, en contra de lo que esperábamos, ni cadáveres, ni cuerpos, ni nada. Aquello es un desierto frío, muerto, donde los seres que van a morir deben desaparecer misteriosamente.

—«Parece ser, sin que hayamos podido demostrarlo, que las aguas que van a extenderse allá, fuera ya de sus cauces, se hielan debido a la baja temperatura y cubren los cuerpos de los eosforos que caminan hasta allí en su ancestral movimiento migratorio.

«Hemos anotado temperaturas de doscientos grados bajo cero. Y, sin embargo, debajo de aquellas heladas capas, existe una intensa radiación electrónica, que nos mueve a creer en una renovación subterránea de la misma vida biológica que se destruye.

«Esto no es más que una teoría del oficial Markon, por la que se podría aceptar que la vida termina en aquellas heladas regiones y allí mismo es donde se renueva, pasando por conductos interiores, como de marea subterránea, para convertirse en el agua que alimenta el cráter del hemisferio iluminado, y en la savia que alimenta los árboles.

«Este proceso de destrucción y regeneración puede estar

produciéndose desde hace cientos de millones de años y es constante. Lo que nos hace suponer que se trata de una raza antiquísima, de constitución perfecta, que se desenvuelve siempre en el mismo estado evolutivo, o sea, sin evolución, puesto que no la necesitan.

»Podría darse el caso de mayor procreación natural, lo que produciría un desequilibrio biológico, pero no creemos que ocurra. Pueden tener todos los hijos que quiera y jamás les faltaría ni el espacio ni el alimento. Hemos calculado que se desaprovecha el noventa por ciento del «wark» que sale del gran lago y que los árboles del «groz» no se agotan jamás, porque, al ser arrancado un fruto, empieza a crecer inmediatamente otro que está en condiciones de ser ingerido al cabo de pocos meses.

»El «groz» que no es arrancado no cae al suelo, con lo que se pudriría. Se mantiene en la rama del árbol indefinidamente, hasta que es arrancado y comido. Pero su proceso de maduración se termina entre treinta y noventa días.

»La filosofía de estas gentes es muy sencilla. Viven sin preocupaciones. Juegan entre sí, corren, se unen y se separan sin alegría o tristeza y parecen encontrarse siempre en perfecto estado.

»En las referencias anexas, detallo científicamente cuanto he dicho, para comprobación de los técnicos.

»Ahora sólo me resta expresar mis consideraciones personales respecto a los eosforos en sus relaciones con nosotros.

«Asimilan con facilidad cuanto les enseñamos, pero las pocas pruebas realizadas indican una instintiva aversión a nuestros sistemas. Encuentran en nosotros una gran diferencia. Les asombran nuestras máquinas, nuestros objetos, nuestras costumbres y alimentos. Son reacios a la mutación que representa nuestro mundo, complejo y técnico, al suyo, simple y primario.

»Verx, por ejemplo, considerado un hombre joven, de tipo medio —aunque en todo es de seres jóvenes y no podemos distinguir los de más de ochocientos años—, nos encuentra perversos. Opina que no debemos matarnos, ni dañarnos unos a otros. Él es incapaz de hacer daño a nadie, aunque podría estrangular a un hombre con una mano.

»En cambio, Tui nos acepta de mejor grado y nos comprende mejor. Admite que juzguemos a nuestros semejantes, pero dice que no deberíamos privarles de la vida o de la libertad, porque eso no lo debemos hacer entre nosotros mismos.

»Un ejemplo de este pensamiento se refleja en la conversación siguiente, sostenida entre Tui y la oficial de antropología, Belisa Pschitt.

Belisa sonrió al verse a sí misma reproducida en su cabina,

conversando con Tui. La reproducción tridimensional, a pequeña escala, era de una perfección fantástica y todos los detalles de la cabina de Belisa estaban perfectamente tomados por la cámara.

«—Me ha dicho Verx que ha visto morir a un hombre… Una mujer muy hermosa, como tú, presionó el botón que le carbonizó.

»—Sí —admitió Belisa—. He sabido por el noticiero de a bordo que se ha ejecutado a un técnico de máquinas. Ha sido juzgado y condenado a muerte. Ésa es misión de la justicia.

»—Dice Verx que si el criminal es muerto por haber matado, los que le matan deberían ser muertos también, de lo contrario no hay justicia.

»—¡Oh, no! —exclamó la imagen de Belisa, sonriendo—Eso no puede ser. La justicia se sirve de la ley para defender a la sociedad de los delincuentes. Escucha. Imagina que tú haces daño a Verx. También puedes hacer daño a otros hombres o mujeres de tu mundo. Representas un peligro para los demás, dado tu instinto perverso. Entonces, los tuyos se reúnen y deciden defenderse contra ti. Te juzgan, te encuentran culpable y te condenan a un castigo, que puede ser de encierro o muerte.

»—¿Y si yo he hecho daño a Verx para defenderme de él?

»—Tienes el deber de decirlo. Tus jueces comprenderán los motivos que has tenido para actuar así y pueden perdonarte.

»—Yo puedo mentir a los jueces. Ellos no saben lo que pienso.

»—No. Y eso exactamente ocurre. La mentira es un acto instintivo de defensa. Incluso se echa las culpas a otro para defenderse uno…

»—Eso entre nosotros no ocurre… ¡No puede ocurrir jamás! Nosotros no nos hacemos daño, ni siquiera jugando. Y si la civilización que venís a traernos es ésa, Verx cree que sería mejor que os fuerais de aquí cuanto antes.

»—En la Tierra, los jefes han dicho que os debemos enseñar, nuestras leyes y costumbres, nuestros libros y nuestra ciencia. Sois humanos y podéis ayudar al progreso de la humanidad. Tal vez descubramos alguna vez el vínculo que os une a nosotros, porque habiendo nacido en mundos distantes, somos muy parecidos.

»Se parecen nuestros cuerpos, pero no nuestras ropas.

La grabación se concluyó cuando Noel Ossian la cortó, para volverse a Belisa.

Noel acarició la mejilla de Belisa.

—Se lo explicaste muy bien. Bueno. Dejemos eso. Mi referencia coordinadora está aquí. Poco más puedo hacer antes de enviar esta información a la Comisión Científica del Senado.

»Pero lo que tanto te disgusta no puedo evitarlo, aunque sí

demorarlo. Hay que establecer aquí una colonia. Nosotros nos iremos cuando lleguen las primeras naves colonizadoras. Hay que llevar «groz» y «wark» a la Tierra. También realizaremos estudios geológicos. Pueden haber aquí materias primas interesantes…

—Me preocupan esas gentes. Noel. Viven felices y van a dejar de serlo cuando entremos en contacto con ellos abiertamente.

—No lo podemos evitar, querida. Si les perjudicamos por un lado, les beneficiaremos por otro.

—Temo que se cree una conciencia xenófoba entre los eosforos y terminen por rebelarse contra nosotros.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Verx y Tui hablarán con sus semejantes. Y él no opina muy bien de nuestras costumbres. En cuanto lo comprueben los demás, nos rehuirán.

—Sí, por curiosidad. Somos algo nuevo en sus vidas. Pero de la curiosidad pasarán a la desconfianza y luego a la rebelión. Y no olvides que son más fuertes y ágiles que nosotros.

—No poseen armas. Los someteremos fácilmente.

—¿Hasta ese extremo piensas llegar, Noel?

—Es un decir. Pero si no tengo más remedio, antes de poner en peligro la vida de uno de nosotros, soy capaz de darles un escarmiento. Comprenderán el peligro y se someterán dócilmente.

—¡Es horrible, Noel! ¡Deberíamos marcharnos inmediatamente y dejarles con su mundo feliz! ¡Nosotros les causaremos daño!

—Lo siento. No podemos hacer eso. Aún quedan muchas cosas por aclarar. ¿Quiénes hicieron los canales?

—Debieron ser los antepasados de estas gentes —contestó Belisa.

—¿Cómo? ¿Dónde? No hemos encontrado vestigios de civilizaciones antiguas.

—Déjame decirte algo, Noel. Esto no es una teoría, sino un sueño que tuve. Es algo raro y deshilvanado. Me encontré en el lecho bañada en sudor.

»Creí haber estado en un mundo destruido por una gran hecatombe. Las gentes vestían de modo muy raro. Pero estaban enloquecidas en medio de las ruinas de sus ciudades. Habían enormes y extrañas máquinas desintegradas, ennegrecidas e inservibles.

»Luego, aquellos mismos seres celebraron una gran reunión. Y hablaron muchos de ellos, ¡con la misma lengua de Tui! Estaban diciendo el futuro. No sé exactamente lo que decían, pero sé que lo pusieron en práctica, porque mi sueño los sorprendió a todos trabajando, plantando árboles que son los mismos que producen el «groz».

»Otros tendían los canales... Eso era lo que estaban haciendo. Construir un mundo en paz que, tal vez, ha durado millones de años. Debieron de tener en cuenta todo el avenir, inclinándose por la paz y la felicidad en medio de una ignorancia que se transmitía de padres a hijos.

—¿Es un sueño o una teoría, Belisa? —preguntó Noel.

—Un sueño, en serio. Sólo un sueño. Pero a veces me pregunto si no sería verdad. Esa gente pudo renunciar a una civilización más avanzada que la nuestra que les había llevado al borde mismo del desastre. Para entonces, ya sabían lo que era bueno y malo.

»Es lógico que dejasen lo esencial para sobrevivir y rechazaran otras costumbres. El afecto continuado de padres a hijos pudo ser base de progreso.

Si se corta, todos vegetan y viven por vivir. No quieren más, porque no necesitan más, dado que tienen lo esencial.

—Eso sería un estado perfecto de inactividad, de ocio.

—¡Es, Noel! Nosotros luchamos, matándonos lentamente, para nada. Por ambición de algo o por ser más que los demás, egoísmo. Ellos no son así y nosotros vamos a traerles de nuevo lo que sus antepasados rechazaron... ¿Tenemos derecho a esto?

—No lo sé.

Capítulo VI

Verx acogió de nuevo la libertad con gran alegría. Al descender por la rampa y pisar la hierba, se despojó de las botas, sentándose en tierra, mientras se volvía a Belisa y Tui, que iban detrás de él.

Un gran griterío de los cientos de miles de eosforos que rodeaban la supernave, detrás de la barrera magnética que no podían franquear, se alzó al cielo, cuando sus ojos vieron a las figuras humanas que salían de la nave.

Al mismo tiempo, desde su cabina de control, Noel Ossian lanzaba su discurso hacia el exterior, por medio de altavoces situados en derredor de la supernave. Y habló en lengua eosfora:

—Hombres y mujeres de Eosfor, hijos predilectos de Akbain. Al fin tengo órdenes de salir a vuestro encuentro y hablaros en vuestra lengua.

»Somos seres venidos de un lejano mundo, llamado La Tierra. No os queremos causar daño alguno, sino que deseamos conoceros y ser vuestros amigos.

»Pese a la diferencia de nuestras ropas, somos iguales. Tenemos cuerpos semejantes. Vosotros, vestidos como vestimos nosotros, os parecéis en todo. Y os lo demuestran vuestros dos coterráneos, Tui y Verx, que han permanecido algún tiempo entre nosotros, y de los que hemos aprendido vuestra lengua.

»Por razones de seguridad, hemos levantado una barrera invisible que no podéis atravesar. Vuestra curiosidad podría dañar nuestra nave, pues sabemos cuál es vuestro número. Y sois muchos. Tened paciencia que pronto nos conoceréis mejor, porque conviviremos juntos, como amigos.

»Os traemos un mensaje de amistad de nuestros jefes. Hacednos caso y viviréis mejor...

Mientras la voz de Noel Ossian vibraba en el aire cálido de Eosfor, Tui y Verx, en compañía de Belisa, avanzaron hasta donde estaba la barrera magnética que ni ellos podían atravesar. Allí, Verx se despojó de su blusa, mostrando el color moreno de su piel a la masa apretujada de eosforos que le miraban con ojos abiertos.

—Soy como vosotros... He estado en esa nave... Sois mis hermanos —decía Verx—. Os ruego que os vayáis lejos de aquí. No actuáis bien amontonándoos de ese modo. Volved a vuestros valles y decid a los otros que no vengan. Nosotros iremos a vuestros valles.

Era necesario conseguir el milagro de ahuyentar de las inmediaciones de la «Explorer-19» a tantos miles de curiosos, cosa que

veía Noel Ossian como muy difícil, porque las montañas vecinas estaban invadidas también de gentes semidesnuda que venía a ver la nave.

Se producía también un fenómenos curioso. Entre las apreturas de la gente, muchos «sintieron» el mandato de la muerte y hubieron de retroceder, para emprender el viaje que les llevaría a la oscuridad eterna. Y, en particular, esto sucedió en muchísimos niños, sofocados por la masa, cada vez más compacta, que apretaba desde atrás.

—No os acerquéis más —gritaba Verx—. Volved a vuestros prados libres.

Había algunos puntos en que los aborígenes estaban materialmente aplastados contra la barrera magnética, deformados sus cuerpos por la tremenda presión de los que empujaban desde atrás.

Tui se dirigió a Belisa y le señaló el control de su cinto, diciéndole.

—Avisa a tu jefe y dile que retire esta barrera. Así podrán avanzar más y dejar de sufrir el aplastamiento.

Belisa negó con la cabeza, contestando:

—No lograríamos nada, si no dejan de llegar tras las últimas filas. Si ahora quitamos la barrera, se lanzarán como un río de gentes sobre nosotros y muchos serían pisoteados. Sabemos algo respecto a grandes aglomeraciones.

—¡Pues hay que hacerles retroceder de algún modo!

Noel Ossian estaba pensando precisamente en aquello, desde su cabina de control, mientras la grabación hecha previamente, enviaba el discurso a los eosforos. Y para ganar tiempo, ordenó al gabinete de contención magnética que la barrera en tomo a la supernave fuese reducida lentamente, permitiendo de este modo a los aplastados contra ella ganar un respiro.

Precisamente, esta situación era lo que le había inducido a dejar salir a Verx y Tui y a adelantar su programa. Confiaba convencer a los aborígenes para retirarse de las proximidades de la «Explorer-19» y luego, entablar los primeros contactos masivos a fin de organizar un sistema de policía que agrupase a los habitantes de Eosfor en comunidades de número más reducido, con representantes.

Esto se había esquematizado perfectamente. Los técnicos de la nave sabían que, mientras los eosforos no estuviesen bajo un control, dirigido por ellos mismos, no habría forma de poner orden.

«—Hay dos mil trescientos diecinueve valles en todo el hemisferio —había dicho el oficial Markom—. Eso nos permite dividir a todos los habitantes en comunidades de cuarenta mil individuos, que pueden estar gobernados por un jefe supremo, de quien dependan cuatro subjefes que gobiernen a diez mil individuos, a su vez. Los subjefes

segundos pueden ser diez y gobernar a mil personas».

Había sido aprobada la clasificación. En cada valle habrían cuarenta mil eosforos. Uno sería el representante de todos, y éste delegaría en cuatro subjefes, quienes, a su vez, tendrían diez subjefes segundos.

Pero, ¿quién organizaba aquel sistema?

Esto era misión de Verx y Tui, pues se habían comprometido a ayudar a Noel Ossian en sus propósitos, con tal de salir de la nave.

Cuando la barrera magnética cedió medio metro, el alivio de los eosforos aprisionados en primer lugar dio resultado inmediato. Luego, veinte naves auxiliares salieron de la supernave, yendo a quedar suspendidas en el aire, muy por detrás de donde se encontraba el gran círculo de gentes. Y como los mosquitos ante la luz, los eosforos acudieron a ver aquellas otras naves, aliviando la presión en tomo a la barrera magnética, lo que permitió así mismo que muchos pudieran salir de aquella trampa, para emprender inmediatamente el viaje a la eternidad.

¿Cómo lograban llegar a su fin, enfermos como debían estar ya, después de caminar tanto? Esto era algo que los terrestres no sabían comprender.

El mandato era una necesidad biológica de los eosforos. Se alimentaban y bebían por última vez y luego caminaban sin descanso, hasta perderse en las fronteras del hemisferio oscuro.

Y ninguno regresaba jamás, pese a que iniciaban la marcha en plenas facultades físicas. ¿Acaso intuían el tiempo justo que necesitaban para llegar?

¿Podría ser esto así en un mundo que no conocía el tiempo?

* * *

Verx se movió en el círculo de sus oyentes. Éstos eran unos ciento veinte, poco más o menos. Aunque el valle estaba lleno de eosforos, ahora se mantenían todos distantes. El «groz» se había agotado en los árboles y el «wark» excesivamente consumido, porque el canal que suministraba el valle había sido muy solicitado.

Pero los eosforos no eran tontos y comprendieron que habían sufrido un grave peligro. Ahora se mostraban más inteligentes.

—Los terrestres vienen a vivir con nosotros. Quieren construir casas y fábricas —estaba diciendo Verx—. Yo os explicaré lo que significa todo eso... ¡Vamos a cambiar de sistema de vida!

—Nosotros no podemos cambiar de vida —contestó una mujer—. Nuestra vida es así y no puede ser de otra forma.

—Eso creo yo. Pero los terrestres poseen máquinas y armas y se empeñan en enseñarnos su cultura. Dicen que nos favorecerán.

—¿Cómo? —preguntó otro hombre.

—Nos enseñarán a hacer cosas que no sabemos.

—¿Para qué hemos de hacer lo que no sabemos?

—Porque el saber más nos hace mejores.

—Esos individuos no saben lo que dicen —habló otro—. Nosotros queremos saber cómo son y lo que tienen. Luego, que nos dejen sus máquinas para distraernos y que se queden o se marchen. No haremos lo que ellos quieren.

—¡Desde luego que no!—exclamaron otros.

Verx sonrió y acalló las voces con gestos elocuentes, para luego decir:

—Eso mismo es lo que dije al «komander» Ossian, jefe de los terrestres. Ellos no son como nosotros porque sus costumbres son distintas. Dicen que son civilizados.

Verx explicó durante largo rato a sus coterráneos todo cuanto le había ocurrido durante su permanencia en la supernave, para terminar diciendo:

—Poseen cosas impresionantes y no dudo de que pueden emplear máquinas contra nosotros que nos harían mucho daño. Esos hombres tienen armas que destruyen. Yo he visto cómo las emplean. Es algo terrible ver los rayos de fuego que aniquilan.

»Si les enojamos, nos harán sufrir, porque pueden mutilarnos o quitarnos la vida y no permitimos ir al Más Allá… ¡Si nos quitan la vida, nos dejarán aquí, bajo la luz de Akbain!

Estas palabras de Verx desconcertaron a los eosforos, quienes se miraron entre sí, asustados y confusos.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó la mujer que antes manifestó su oposición al cambio de existencia.

—Sí. Pueden hacerlo. Yo lo he visto con mis ojos. Además el «komander» Ossian no vacilará en demostrarlo, si se lo propone. Precisamente ha retenido a Tui en la nave para obligarme a deciros todo esto. Ella saldrá de allí, libremente, cuando estemos dispuestos a someternos a sus deseos.

—¿Y tú estás de acuerdo con ellos, Verx? —preguntó un hombre.

—No. Yo pienso y siento como vosotros. Quiero seguir siendo libre y no depender de nadie. Pero no veo modo de evitarlo.

En la reunión callaron todos, bajando las cabezas. Los más tristes pensamientos se agigantaban en sus mentes. Ni siquiera querían mirar hacia donde se hallaba la gigantesca nave, tan grande como una ciudad terrestre de diez mil habitantes.

Verx, en el centro del círculo, esperaba que alguien dijera algo. Y como nadie hablaba, dijo:

—El «komander» Ossian aguarda nuestra respuesta. Estoy seguro de que escucha mis palabras y las vuestras, porque utilizan unos aparatos que pueden ver y oír a distancia.

—¿Qué respuesta quieres que te demos, Verx? —preguntó una mujer de singular y exótica belleza—. Creo que no tenemos más remedio que obedecerles.

—Sí, no hay otra solución —añadió otro hombre, tristemente—. Si no queremos sufrir las consecuencias de su enojo, hemos de acatar la voluntad de esos hombres. Pero os aseguro que una gran desgracia ha caído sobre nosotros.

Todos los demás asintieron y luego se pusieron en pie, para marcharse. Ya no tenían curiosidad por ver la nave terrestre. Estaban resueltos a volver a sus valles y mantenerse alejados de los colonizadores que el destino les había enviado.

—Iré a comunicar al «komander» Ossian nuestra decisión. Tui será libre dentro de poco.

—¡Ya no seremos libres jamás!

* * *

Noel Ossian recibió a Verx en su cabina de control, sentado detrás de su mesa. El eosforo entró acompañado de Belisa, Tui y un grupo de la guardia del «komander».

—Sé lo que habéis decidido, Verx —empezó diciendo Ossian, gravemente—. Lo siento, pero no debéis sentir recelo de nosotros. No os causaremos ningún daño, sino todo lo contrario. Vais a recibir los dones de la civilización terrestre.

»En poco tiempo, Eosfor quedará transformado en un mundo mucho mejor.

—Estamos seguros de que será distinto, pero no mejor, señor —contestó Verx —. De todas formas, aceptamos vuestras órdenes con desgana.

—No tenéis por qué cambiar de costumbres, si no lo deseáis —dijo Noel Ossian—. Podéis seguir viviendo en libertad, en vuestros valles.

»En principio, sólo queremos que estéis agrupados por comunidades, a fin de poder decir a vuestros jefes lo que más os conviene hacer. No os obligaremos a que lo hagáis...

—Ni siquiera desean tener jefes.

—Eso es necesario, Verx —replicó Noel Ossian, severamente —. No podemos reunir a todos vosotros juntos para expresar nuestros

consejos. Lo haremos en un congreso de jefes comunales, tribales o como mejor os plazca.

»Verx, tú vas a ser el primer jefe del gobierno. Nosotros te expondremos nuestros deseos y proyectos y tú lo transmitirás a los jefes de tribu. Construiremos un gran edificio que será la sede del Gobierno de Eosfor, o el Senado. Allí os reuniréis todos los jefes y de allí saldrá lo que os conviene hacer.

»Esto lo digo por vuestro bien, Verx. Debéis estar unidos, organizados, agrupados. Yo no os quiero mal, pero alguna vez tendré que irme de aquí, porque otros jefes terrestres vendrán a sustituirme, y no todos nosotros pensamos igual.

»Pueden haber ambiciosos que os quieran explotar y no debéis permitirlo. Si estáis unidos y tenéis vuestras leyes, cualquier gobernador enviado desde Blabor, que es la gran capital del mundo, habrá de aceptar lo que acordéis. Pero si es él quien debe daros órdenes, puede que alguna vez os mande algo que no os, agrade.

—Entiendo «komander». Así lo haremos. Pero no es necesario construir ningún edificio. Nosotros queremos seguir viviendo como hemos hecho hasta ahora.

—Eso no puede ser, Verx —contestó Noel—. Necesitáis construir ciudades, a fin de vivir agrupados. Es preciso construir edificios para que empecéis a vivir decentemente. Y lo habéis de hacer vosotros.

Belisa estaba muy triste, cuando dijo:

—Tendréis que trabajar, Verx. Pero vosotros sois fuertes y lo soportaréis. El trabajo, si se toma con amor y entusiasmo, es agradable. En nuestra civilización, todos tenemos un trabajo y vivimos de ello.

Somos libres de elegir la profesión que más nos gusta.

—Lo sé, Belisa. Tú estudias a los seres —contestó Verx—. Y si nos has estudiado bien, debes saber cómo somos. Mis hermanos no serán felices.

—¿Qué te hace suponer que no vais a ser felices, Verx? —preguntó Noel Ossian, intentando ser comprensivo—. Vosotros no sabéis aún lo que os traerá el futuro. Habéis vivido sin tiempo, ajenos a todo, sin problemas, porque todo lo encontrabais resuelto. Pero eso no cambiará en absoluto.

»En vez de vivir ociosamente, con dedicar unas horas diarias al trabajo, construiréis un mundo de ensueño. Podéis gozar de todos los avances de la ciencia, tendréis riquezas, si las sabéis ganar...

Belisa sintió una punzada en el corazón al escuchar estas palabras del hombre que amaba. Ella estaba segura de que si los eosforos llegaban a asimilar la civilización humana, perderían enormemente en

el cambio. La riqueza de que les hablaba Noel sería odio, egoísmo, desprecio, codicia. Ella sabía muy bien cómo eran los hombres.

Se mordió los labios y no dijo nada. Pero miró tristemente a Tui.

—Quiero que vayas en una nave auxiliar por los valles y nombres a los jefes que han de agrupar a las comunidades. Podrán viajar libremente por el planeta, pero deben estar registrados y agrupados en sus sedes respectivas.

»Una buena organización política debe empezarse con orden y método. No tenemos prisa, Verx. Tui te acompañará. El oficial de justicia Gela, como notario, levantará acta legal de los nombramientos que tú hagas. A cada jefe le darás instrucciones. Son dos mil trescientos diecinueve. Diles que pondremos al servicio de todos ellos vehículos de transporte rápido para que puedan desplazarse al lugar donde instalemos la capital de Eosfor.

»También irán contigo auxiliares, soldados y oficiales de gobernación, que te indicarán cómo debéis hacer los empadronamientos y clasificar a los mandos inferiores. Cada jefe debe tener un suplente, o vice-jefe, por si oyeran el mandato y fuese necesario renunciar a su cargo. Todo eso debe comunicarse a la Secretaría central…

Verx escuchó pacientemente, haciéndose repetir algunas instrucciones que creyó confusas. Luego, se dispuso a obedecer. Sólo estaba contento porque Tui iba a ir con él.

¡Pero Tui estaba triste!

Capítulo VII

—No conseguirás hacerles trabajar —dijo Belisa, un día, a Noel, mientras comían en la cabina particular de él.

—Debo hacerlo, Belisa. Compréndeme. He recibido instrucciones terminantes de Glabor. Mi padre ya no es el Secretario General. Enfermó y fue relevado. Ahora, más que nunca, debo cumplir las órdenes. Y parece ser que hay dificultades en el envío de supernaves. Pueden pasar algunos años antes de que seamos relevados.

»Yo entiendo perfectamente a estos seres, pero nuestra civilización no es mala, pese a nuestros defectos.

—¡La de ellos es mucho mejor, Noel! —exclamó Belisa, apasionadamente.

—Lo siento, pero estás equivocada. Es indigno permitir que estas gentes vivan en las condiciones en que viven. Carecen de moral. Parece no importarles en absoluto su comportamiento demasiado libre y sin sentido.

—Ellos no lo encuentran pecaminoso. Son nuestros sentidos los que ven maldad en ello. Y, por cierto, sino tomas medidas severas, aquí sucederá algo desastroso.

—¡Ya he dado órdenes severísimas para impedir este estado de cosas!

»Ya he dicho a Verx que ordene a los jefes de tribu el cumplir con las órdenes. Tengo más de cien hombres encarcelados por esos actos deshonestos. Espero que la medida resulte.

—Vamos a encontrar muchas dificultades, Noel. Es una labor ímproba la que nos han echado sobre los hombros. Cada vez estoy más arrepentida de haber descubierto este mundo.

»Los hombres no quieren trabajar. No ponen la más mínima atención a lo que les dicen los técnicos e ingenieros...

—He decidido implantar un sistema de retribuciones.

Belisa le miró con sorpresa:

—¿Vas a darles dinero?

—Sí. El que trabaje, cobrará papel moneda. Ya se está imprimiendo el crédito-papel. No puedo, por ahora, privarles del «groz» y el «wark», que necesitan para la vida. Pero les vamos a estimular con algo que ellos apetecen.

»Ya sabes que las golosinas, la cerveza floja y el tabaco les gusta a muchos. Saborean esas cosas con deleite. No les obsequiaremos como hemos hecho hasta ahora, porque pronto terminaríamos con nuestras existencias.

»Ahora, si desean esas cosas, tendrán que comprarlas. Estamos fabricando caramelos, cerveza química y tabaco artificial. Los laboratorios de a bordo producen ya grandes cantidades de todo y esperemos aumentar la producción.

—El tabaco y el licor les perjudicará.

—No tanto como a nosotros. Pero hay cosas que podemos fabricar para ellos. Hay que incitarles a poseer esos objetos. Les enseñaremos el valor que tienen y cómo conseguirlos.

—De todas formas, les hemos perjudicado, Noel.

—Con el tiempo, nos lo agradecerán, Belisa. Ya lo verás. No pasará mucho tiempo sin que empiecen a apreciar las ventajas que les hemos venido a proporcionar.

»Otra cosa que les gusta extraordinariamente, es viajar en nuestras naves. Se deleitan contemplando su mundo desde el aire, volar por encima del Gran Cráter. Y esos placeres habrán de pagarlos.

»Pero si fuese necesario, pagarán también el «wark», en primer lugar y luego el «groz». Nuestra civilización es así. La necesidad de vivir nos obliga a cumplir con nuestro deber. Si la gente no tuviese necesidad de comer y beber, sería mucha la gente que permanecería tendida al sol.

»Aquí, para sacarles de su ancestral modorra, será necesario llegar a eso.

—Es lo más inhumano que podemos hacerles. Noel.

—Si es justo para nosotros, ¿por qué no ha de ser para ellos también?

—Ellos no tienen necesidad de vivir como nosotros. La naturaleza les ha provisto de lo estrictamente necesario para vivir tranquilamente sin el agobio de las obligaciones que a nosotros nos someten y a las que estamos habituados, porque siempre lo hemos visto así.

»Pero ellos no son como nosotros. Piensan y comprenden. Se dan cuenta de que intentamos esclavizarlos.

—¡Ni ellos, ni siquiera tú, debías pensar eso, Belisa! —exclamó Noel, enérgicamente—. Sólo estáis haciendo más difícil mi labor.

—Lo siento. Sólo intentaba imbuirte de la idea que debemos ser justos.

—¡Y lo soy todo lo que puedo! Pero si no tengo más remedio que ser severo, lo seré. Tengo encima de mis hombros una gran responsabilidad y no puedo eludir el cumplirla. Si no lo hiciera, sería relevado del mando y otro, más severo que yo, ocuparía mi puesto.

Belisa no respondió. Tenía la sensación de estar entre la espada y la pared. Y su amor por Noel Ossian le ponía en una situación muy delicada.

Ella sabía que Noel no era malo, sino todo lo contrario. Pero era el jefe de la supernave terrestre y las órdenes que recibía a través del cosmos eran terminantes. No podía desobedecerlas.

Pero la inquietud de Belisa estaba justificada. El malestar cundía entre los eosforos...

* * *

Verx se acercó a la mesa que el ingeniero Trekker había instalado al aire libre, cerca de la cantera. El terrestre estaba discutiendo acaloradamente con sus ayudantes.

—Me alegro de verte, Verx —dijo Trekker—. Esto no puede continuar así. Teníamos dos mil eosforos trabajando en la cantera y ya sólo nos quedan ciento veinte. Así no podemos hacer nada. El arquitecto Prem me exige piedra...

—Precisamente, de eso venía a hablarle, ingeniero —contestó Verx, en cuyo rostro se veían ya indicios de cansancio—. Los capataces no consiguen hacer venir a la gente.

—¡Se lo diré al «komander» Ossian! ¡Él lo arreglará, obligando a esa gente a trabajar por la fuerza! ¡Irá la guardia a buscarlos!

—De esa forma no solucionaremos nada —replicó Verx, poniéndose a la defensiva—. Dicen que este trabajo no les gusta. Es pesado, tragan mucho polvo y se fatigan.

—¡Pero si sólo trabajan dos horas cada tumo! —gritó Trekker—. Y son más fuertes que nosotros.

—No están acostumbrados al trabajo. Prefieren quedarse en el valle.

—¡Pues no cobrarán sus créditos! —amenazó Trekker.

—Renuncian a ellos. ¿Cómo quiere usted que les obligue a venir? No hacen caso a nadie. Ni a los capataces obedecen.

—¡Está bien! Si se paraliza el trabajo, el edificio del Senado no se podrá hacer... No tengo más remedio que informar al «komander» de esto. Jok, dame el «Fax-0».

Jok, ayudante de Trekker trajo del vehículo de obras un complicado aparato de radio y Trekker realizó la llamada, en presencia de Verx.

—Señor, tenemos dificultades en la cantera.

—Lo sé, oficial Trekker —contestó la voz de Noel Ossian—. He ordenado a una patrulla que realice un reclutamiento forzoso en el valle. Dentro de unas horas tendrán ahí los hombres que necesita.

Trekker sonrió.

—Gracias, señor «komander». A sus órdenes.

Cerró la comunicación y miró altivamente a Verx, añadiendo:

—Eso es lo que estabais buscando. Si la gente no quiere obedecer voluntariamente, tenemos medios para obligarles. Lo que estamos haciendo aquí es en beneficio de vosotros mismos.

Verx no respondió, dando media vuelta y regresando a donde esperaba el vehículo de transporte oficial que Ossian había puesto a su disposición y que dirigía un mecánico terrestre, el cual estaba aguardándole retrepado en su asiento.

—Vamos hacia el centro del valle, Dedy. No queda nada por hacer aquí.

—Sí, secretario.

Dedy puso el vehículo en marcha, emprendiendo el regreso hacia el valle. A lo lejos, en el cielo, vieron dos naves auxiliares remontarse del lugar donde se encontraba la «Explorer-19». Verx comprendió el significado de aquel vuelo.

—Date prisa, Dedy. Hemos de llegar a donde van esas dos naves auxiliares.

—Las he visto. ¿Sabes dónde se dirigen en estos momentos?

—Creo que sí. Ellas llegarán antes que nosotros, pero deseo estar allí para ver lo que ocurre con su presencia.

El conductor aceleró la marcha, lanzando el vehículo por la ladera. Saltaron varios canales sin tocar el «wark».

—Se tendrían que construir carreteras metálicas, como en La Tierra —dijo Dedy.

—Me temo que todo llegará, Dedy.

Pasaron cerca de donde había un grupo de mujeres cerca de un árbol de «groz».

—¡Es Verx! —oyeron gritar a una, que agitó la mano en señal de saludo.

Verx contestó con otro saludo, mientras Dedy decía:

—¡Diablos, qué bonitas son! Si no tuvieras tanta prisa...

—Te gustan demasiado las mujeres, Dedy.

—¿A quién no? Es lo más bello que ha hecho Dios.

—Es cierto. Son muy bellas.

—Vuestras mujeres lo son más que las nuestras.

—Yo empiezo a entenderte, Dedy. Nuestras mujeres os aceptan con placer, cosa que no ocurre con las vuestras. Por eso os gustan las nuestras.

—De beber y amar no me cansaría nunca —dijo Dedy, riendo.

—Cuidado con los excesos, Dedy. He sabido que hay muchos soldados encerrados por esos excesos.

—Yo soy tu chófer, Verx. Y somos amigos.

—Creo que pronto vamos a dejar de serlo… Aprisa, Dedy, las naves están descendiendo ya.

El conductor no podía sacar más velocidad al vehículo terrestre, pero mantuvo abierto todo el gas. Faltaban todavía varios kilómetros para llegar al lugar donde estaban descendiendo las naves, sobre la hierba del valle, en un paraje donde habían algunos millares de eosforos ociosos.

—El «komander» Ossian ha dado órdenes para que vuestras tropas recluten a mis hermanos y los lleven al trabajo —explicó Verx—. Sé que ellos no quieren trabajar.

—Y hacen muy bien —replicó Dedy, que era un tipo muy humano —. Yo, en su lugar, haría lo mismo. Si estoy aquí, haciendo esto, es porque no tengo otro remedio. A mí me gustaría ponerme un «jib» y tenderme a tomar el sol bajo uno de esos árboles. La verdad es que tenéis aquí un auténtico paraíso.

Verx sonrió. Sabía que muchos terrestres opinaban del mismo modo que Dedy. Precisamente, hablando con Tui, días atrás, coincidieron en esto.

«—Si el «komander» Ossian fuese de otro modo, daría libertad a sus hombres para que vivieran con nosotros a nuestro modo. Pero los mantiene en torno a él por eso que llaman disciplina y reglamento — había dicho Tui, muy acertadamente.

»—Son extraños estos terrestres, Tui. Y nos van a crear muchos problemas. Nuestros hermanos empiezan a temerles. He escuchado muchas palabras de odio entre nosotros y eso me preocupa.»

La preocupación de Verx estaba llegando ya a su límite. Y ésta era la razón de su prisa.

Ossian había ordenado que los eosforos construyeran el edificio para senado. Los ingenieros eligieron el lugar y buscaron en las montañas un sitio para extraer piedra. Emplearon explosivos para arrancar rocas de la montaña. Sacaron máquinas de su nave para cuadricular las piedras. Pero los eosforos debían hacer funcionar las máquinas y llevar las piedras a los transportes. También se estaba construyendo una fábrica de cemento. Era un gran trabajo en el que se consumía gran cantidad de «wark». Y los peones eosforos, a los que entregaban créditos-papel, para cambiarlos por golosinas, estaban disgustados porque se emplease el «wark» en hacer panes de piedra y muros.

A menos de un kilómetro de distancia, Verx vio como los soldados terrestres salían de las naves auxiliares, provistos de sus armas, y empezaban a formar un círculo en torno a los eosforos que les miraban con expresión indiferente.

—Algo malo va a ocurrir, Dedy —habló Verx—. Si quieren obligar a mis hermanos a ir al trabajo, no lo conseguirán. He hablado con ellos antes de ir a la cantera. Están decididos a no trabajar.

—¡Hum! Si la guardia tiene orden de obligarles a ir al trabajo, no se irán por las ramas. ¿Qué piensas hacer, Verx?

—Hablar con el jefe.

—¿Te comunico con el «komander» Ossian?

—Sí.

Dedy presionó un pulsador del tablero de control y dijo:

—El Secretario Verx desea hablar con el «komander» Ossian.

La voz de un oficial de órdenes replicó:

—El Secretario Verx debe ponerse en camino inmediatamente y venir a la «Explorer». El «komander» quiere verle inmediatamente.

—No puedo ir en este momento —contestó Verx—. Dos naves auxiliares, con tropas armadas, se proponen rodear a mis hermanos a fin de obligarles a trabajar. Estoy obligado a permanecer con ellos e impedir que ocurra algo malo.

—¡La orden del «komander» Ossian es que vengas inmediatamente aquí! —gritó la voz del oficial de órdenes.

—Lo siento. Iré después.

—Dedy, tráigame aquí a Verx.

El chófer se volvió a mirar a Verx.

—Lo siento, secretario, órdenes son órdenes. Voy a regresar a la nave.

Verx no vaciló un instante y saltó fuera del vehículo, rodando violentamente por el suelo, lo que indujo a Dedy a detenerse, unos metros más allá. Pero cuando logró detener el vehículo, Verx se había puesto en pie y corría con una velocidad pasmosa hacia donde se encontraban las dos naves auxiliares.

En aquel momento, el oficial de mando, al frente de la expedición, estaba ordenando a los eosforos:

—No me obliguéis a causaros daño. Os ordeno que subáis a las naves. Tenéis que volver a la cantera a reanudar el trabajo.

—¡No iremos más allá! —gritaron numerosos eosforos.

—¡Prended a unos cuantos! —gritó el oficial de mando a sus hombres.

Los soldados se acercaron a los eosforos y agarraron a varios de éstos, de los brazos. Y por vez primera en Eosfor se produjo un acto de rebelión y violencia. Los nativos empujaron a los soldados terrestres. Dado su vigor, los soldados se vieron arrojados al suelo.

—¡Disparad contra ellos!—gritó el oficial de mando.

—¡Alto! —aulló Verx, que llegaba a gran velocidad—. ¡Alto,

deteneos! ¡No empleéis las armas que matan!

Pero dos de los soldados derribados, furiosos, desenfundaron sus armas de rayos candentes y enviaron líneas de fuego hacia los rebeldes eosforos, seis o siete de los cuales, alcanzados en sus cuerpos por los mortíferos rayos, murieron trágicamente mutilados.

Un clamor inmenso se alzó entre los eosforos, quienes retrocedieron, mirando a los cuerpos de sus congéneres muertos.

—¡Subid a las naves!—gritó el oficial de mando.

Ya nadie le contestó. Los eosforos continuaron retrocediendo.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Verx al detenerse junto al oficial.

—He cumplido órdenes.

—¡Habéis quitado la vida a mis hermanos! ¡No tenéis derecho a hacer esto!

—Yo no sé nada. Me han mandado venir a buscar gente. Y sino los convences para que vengan, emplearé la fuerza.

—No irán a trabajar a la cantera —contestó Verx, que jadeaba ligeramente, a consecuencia de la carrera.

En aquellos momentos, Dedy se acercaba también al lugar, conduciendo su vehículo oruga.

—¡Pues dispararé contra ellos! —replicó el oficial, secamente—. ¡Cerrar el círculo, soldados! ¡Preparad las armas!

—¡No dé usted la orden de disparar, oficial! ¡No lo haga, por el amor que tienen ustedes a su Dios! —gritó Verx—. Encontraremos el modo de arreglar esto.

—¡No hay nada que arreglar! —replicó el oficial, secamente—. O se cumplen las órdenes o disparo contra ellos.

—Si ordena usted disparar, le haré daño, oficial —dijo Verx.

—¡Vete de aquí, secretario! ¡Eres igual que los demás!

La llegada de Dedy modificó ligeramente la situación, porque el chófer traía órdenes de llevarse a Verx y debía cumplirlas.

—Señor —habló Dedy, al acercarse—, el «komander» ha pedido al secretario Verx que vaya a la nave. Se me ha escapado corriendo. Le ruego que me lo confíe, junto con una escolta. Esta desobediencia me puede costar cara.

—¡Detened a este hombre, soldados! —gritó el oficial de mando, señalando a Verx.

Media docena de soldados, empuñando sus armas, rodearon a Verx.

—Tienes que volver a la nave. El «komander» desea verte.

—Iré —dijo Verx—. Pero no se matará a nadie más, ni nos obligaréis a ir al trabajo. Le pido que espere a que hable con el

«komander» Ossian antes de hacer nada.

—¡Tú no eres nadie y no te autorizo a darme órdenes! ¡Lleváoslo!

—Ya ha matado usted a mis hermanos. Será ajusticiado por esto.

—¡Estoy aquí cumpliendo órdenes! ¡Lleváoslo!

Los soldados empujaron a Verx hacia el vehículo oruga, mientras el oficial se volvía a los rodeados eosforos y les gritaba:

—¡Si no subís a las naves para ir a la cantera, empezamos a disparar!

Nadie contestó.

Verx fue conducido al vehículo de Dedy y llevado de allí.

El oficial de mando, Fium Gerry, cometió el tremendo error de cumplir las órdenes al pie de la letra, y cuando ordenó disparar contra los eosforos, las armas de los soldados causaron más de dos mil muertos.

Capítulo VIII

Verx fue encerrado en una celda aislada de la supernave «Explorer-19» por orden de Noel Ossian, el cual estaba terriblemente furioso por lo ocurrido en el valle y cuyas consecuencias eran imprevisibles, porque los eosforos supervivientes a la masacre, habían escapado hacia las montañas.

La noticia se extendería pronto por todo el planeta y, posiblemente, los aborígenes atacarían la supernave

Por esta razón, Ossian ordenó que todos regresaran a bordo y estuviesen preparados para despegar.

Tui, que estaba en la cabina de Belisa Pschitt, no se enteró de nada hasta transcurridas bastantes horas, y fue la propia Belisa quien la informó, abrazándola con ternura.

—¡Lo siento terriblemente, Tui! ¡Ha ocurrido una gran desgracia!

—¿Qué es ello? —preguntó Tui.

—Verx ha sido encarcelado.

—¿Como un criminal?

—Sí. Pero todos sabemos que no lo es.

—¡No pueden hacerle eso! ¡Tienen que dejarle inmediatamente en libertad! ¡Si Verx recibe el mandato, no podrá salir de su encierro! ¡Ninguno de nosotros puede estar encerrado!

—Ha sido una orden de Noel Ossian —dijo Belisa, muy apenada—. Han ocurrido lamentables sucesos en el valle... Creo que muchos eosforos han sido muertos.

—No... ¡Eso no puede ser! —estalló Tui, retrocediendo—. No tenéis derecho sobre nuestras vidas.

—¡Lo sé, Tui! ¡Yo no tengo la culpa! ¡He intentado convencer a Noel para que no sea severo, pero él recibe órdenes desde la Tierra! ¿Qué te ocurre, Tui?

La joven eosfora había retrocedido, tirándose del cabello, descompuesto el rostro y desorbitados los ojos.

—Tengo un hijo de Verx en mis entrañas... ¡Yo no puedo ser amiga de los que han encerrado al padre de mi hijo! ¡Os odio!

—¡Vosotros no podéis odiarnos! —gritó Belisa—. En vuestros sentidos no cabe el odio... Escucha. Vamos a ver a Noel. Le suplicaré, me pondré de rodillas a sus pies.

—¡No! ¡Quiero ir donde está Verx! ¡Los eosforos que se aman deben estar juntos! ¡Dile al «komander» que me encierre con Verx! ¡He sido desleal con mis semejantes! ¡Oh, Akbain, envíanos el mandato ahora mismo para que mi hijo no conozca el daño que nos habéis

causado!

—Yo no mando aquí, Tui. Pero Noel Ossian me ama y no desoirá mis súplicas. Aguarda, Tui. Todo puede arreglarse.

—¿Y los hombres que han muerto? ¿Dónde están?

¿Cómo podrán llegar al Más Allá? ¡Oh, esto es abominable!

Tui se tiraba fuertemente de los cabellos, sin lograr arrancárselos. Estaba demudada y como enloquecida.

Pero se dejó conducir por Belisa, quien la sacó de su cabina y la condujo por los pasillos, cruzándose con hombres y mujeres que les miraban sorprendidos, hasta llegar a las inmediaciones de la cabina de control del «komander», donde un oficial de la guardia dijo a Belisa:

—Ella no puede entrar, oficial Pschitt.

—¡Viene a hablar con el «komander»!

—Está muy ocupado e intranquilo. No cesa de dar órdenes.

—¿Puedo pasar yo?

—Sí, usted sí.

—Quédate aquí, Tui. Hablaré con Noel y te dejará pasar a verle. No tardaré mucho.

Tui no contestó y Belisa cruzó la puerta de la antesala del «komander», donde un oficial ayudante la acompañó hasta la cabina de Noel, mientras le decía:

—Está terriblemente enojado. No creo oportuno que entre usted en este momento.

—Debo hacerlo, Rapp.

—Bien. Usted misma. Pase.

La puerta se abrió y Belisa entró en el despacho de Noel Ossian, el cual estaba ante el panel de control general, observando una escena horrible que tenía lugar en el valle, donde las tropas del oficial Fium Gerry habían disparado contra los eosforos.

Precisamente, el oficial Gerry se encontraba a un lado de la pantalla extrapanorámica, hablando con Noel.

—Lleven esos despojos hacia el hemisferio oscuro y déjenlos caer allí. Luego, regresen, oficial Gerry.

—Sí, señor.

Belisa quedó petrificada ante la horrible escena de muerte.

—¡Noel! ¿Cómo has podido hacer eso?

Él se volvió y cerró la comunicación con el exterior. Su semblantes, antes sonriente y amable, estaba ahora horriblemente sombrío.

—Ha sido inevitable. Haré castigar al oficial Gerry en cuanto regrese. Pero no es más que un sacrificio inútil, porque ha cumplidos mis órdenes.

—¿Has ordenado matar?

—Sí. No tenía otra solución. Si los eosforos no obedecen, los convenceré para que lo hagan, con harto dolor de mi corazón.

—¡Eso es horrible! No es así como conseguirás su colaboración.

—Lo siento, Belisa. No eres tú quien da aquí las órdenes. Soy responsable de la seguridad de esta nave y todos sus tripulantes y haré lo que estime mi deber para conseguir lo que considero adecuado en beneficio de todos. Ya hemos hablado anteriormente de eso y éste no es el momento más oportuno para discutir mis órdenes.

—Pero, Noel… No te entiendo… ¡Por el amor de Dios! ¿Es que no te das cuenta de que ahora no habrá más que odio y resentimiento?

—No he podido evitarlo, Belisa.

Ella alzó la cabeza altivamente.

—Estás en un error tremendo. Noel. Presiento que van a ocurrir cosas terribles y tú vas a ser el único responsable.

—¡Recibo órdenes de Glabor!

—¡Allí no conocen la verdadera situación!

—Están al corriente de todo… Éstas son mis órdenes —dijo Noel, presionando la puesta en marcha de una grabadora de mensajes, donde una voz impersonal, distante y casi metálica, dijo—: De Secretario General Voomer a «komander» de «Explorer-19», con destino en NCGF-509. Acuso recibo mensajes Jefe Superior Fuerzas Espaciales números 5.678 y 5.681, clave «XX-Y». Contestación a su informe. Ese planeta debe ser civilizado de acuerdo con las normas seguidas en La Tierra, sobre democratización de pueblos y países. Reaccionarios y oposicionarios serán arrestados. Si es necesario haga uso de la fuerza. Como Gobernador Provisional, actúe con energía y no cavile ante amenazas. Procuraremos activar la puesta a punto de supernaves y enviaremos técnicos y tropas en cuanto nos sea posible.

—¡Eso es inadmisible! —exclamó Belisa—. ¡Allí, en Glabor, no se han dado cuenta exacta de la verdadera situación!

—¡Basta, Belisa! —gritó Noel—. Te ruego que te retires inmediatamente. No puedo hacer otra cosa.

Ella fue a replicar, pero la indignación que sentía le impidió articular palabra. Por ello, con gesto despreciativo, dio media vuelta y se dirigió a la salida.

La puerta se abrió para dejarle paso. Antes de salir, empero, Belisa se detuvo, volvió la cabeza y dijo:

—Tui quiere verte. Está esperando afuera, pero tu guardia no la ha dejado pasar. Te ruego que la recibas.

—No tengo nada que decirle.

* * *

Inmediatamente a la salida de Belisa Pschitt, Noel Ossian se trasladó, utilizando la cabina de su ascensor personal, hasta la celda en donde se encontraba encerrado Verx. Hizo que la guardia le abriera la puerta y entró.

El detenido se encontraba sentado en una butaca y no se movió al aparecer el jefe terrestre.

—Verx, mis tropas han disparado contra tus congéneres.

—Lo he visto —respondió Verx, con voz helada.

—No han querido obedecer mis órdenes.

—¡Jamás te obedecerán, Noel Ossian! —fue la seca y tajante respuesta de Verx—. Puedes estar seguro de eso.

—Yo te envié a convencerlos de que debían trabajar en la cantera. No lo hacen en beneficio nuestro, sino en el vuestro propio.

—En Eosfor no queremos beneficios. Ahora ya es tarde «komander». Muchos hombres han muerto. No han podido cumplir el mandato de ir por su propio pie hacia las regiones oscuras, porque vuestras armas hostiles han transformado nuestra existencia.

»Pero yo te he advertido, «komander» Ossian. Ya nada conseguirás de nosotros. Jamás seremos amigos. Es mejor que nos dejéis y os marchéis de aquí.

—¿Estás loco, Verx? Yo te nombré jefe supremo de este planeta. Has debido obedecerme y llevar a tu raza el bienestar que les proporcionaría nuestra civilización.

»No es la primera vez que los hombres de la vieja Tierra descubren un mundo. Siempre encontramos dificultades al principio, pero, al final, logramos imponer la comprensión.

»No es posible vivir como habéis vivido hasta ahora. Tenéis que trabajar, crear un mundo nuevo y mejor.

—¡No!—exclamó Verx.

—¡Sí! —gritó Noel Ossian, más fuerte, avanzando hacia el prisionero—. Es ley natural. El progreso no podéis frenarlo.

—¿A qué llamas tú progreso, jefe terrestre? ¿Qué es lo que te propones implantar aquí? Nosotros tenemos la felicidad completa, cosa que vosotros no habéis conseguido ni conseguiréis jamás.

»Vivíamos tranquilos y dichosos en nuestro mundo, hasta que llegasteis vosotros. Presentí el peligro en un principio, pero no me di cuenta completa hasta ahora.

»Éste es un planeta en donde no existía el tiempo. Eso era lo mejor que no teníamos y que jamás hemos necesitado. Vosotros todo lo hacéis contando... Contáis los días, los años, los hombres que tenéis, las cosas de que disponéis... ¡Sois hombres que contáis!

—Estás diciendo tonterías, Verx —replicó Noel, cansado de discutir —. Contamos porque es necesario a nuestras estadísticas. Mas no he venido a discutir contigo. No suplico tampoco. Sé lo que debo hacer, porque no es posible hacer otra cosa con gentes como vosotros.

«Tengo poder y fuerza para arrasar este planeta y no dejar ni uno solo de vosotros. Pero no haré eso. Os obligaré a cumplir vuestro deber. La necesidad os someterá. Puedo racionar vuestra alimentación. El que quiera comer o beber habrá de pagar con trabajo. No voy a ser un déspota o un tirano. Trabajaréis sólo una hora cada día. A cambio de eso recibiréis vuestra ración de alimento…

—No te molestes con esas medidas, «komander» —contestó Verx, tristemente—, Los eosforos necesitan alimentarse y seguirán tomando el «groz» de los árboles.

—¡Mis guardias lo impedirán!

—No tienes guardias suficientes para impedirlo.

—¡También puedo cortar los canales de «wark»!

—Te creo capaz de ello, «komander».

—¡Puedes estar seguro! Así conseguiré que abandonéis vuestra ociosidad y seáis gentes útiles.

—Ni siquiera así lograrás nada, «komander». A nosotros no puedes obligarnos a actuar contra nuestras costumbres ancestrales.

—En la antigüedad, hubieron pueblos más hostiles que vosotros. Y la raza humana, dominante, les impuso la civilización por la fuerza.

—Quiero decirte algo que he oído contar entre los nuestros, «komander» —dijo Verx, suavemente—. Eosfor es un mundo tranquilo, de gentes pacíficas y felices. Pero se dice que antes no era así. Aquí hubo una civilización más perfecta que la vuestra que luchaban entre sí.

»Te repito que no sé si es cierto o no. Se dice y basta. Esos hombres y mujeres que habitaban este mundo antes que nosotros poseían grandes máquinas y sabían hacer cosas que nosotros no sabemos. Eran muy instruidos y poseían lo que vosotros llamáis ciencias. Llegaron a ser tan poderosos que estuvieron a punto de exterminarse entre sí.

»Hubo una terrible y asoladora guerra de la que sobrevivieron muy pocos. Entonces, decidieron terminar con la civilización que había estado a punto de aniquilarlos. Antes de hacerlo, empero, estudiaron la forma eficaz de asegurarse la supervivencia para ellos y sus descendientes. Eliminaron todo aquello que les había llevado al odio y a la destrucción.

«Debieron de comprender que para vivir sólo necesitaban «groz» y «wark». Y sembraron los suficientes árboles para que nunca nos faltase el alimento. El Gran Cráter no se agota nunca. Debe existir un sistema

de comunicación interior, por medio de canales, donde el «wark» se filtra y vuelve a salir al otro lado del planeta.

»Todo esto no está así por capricho de la naturaleza, como decís vosotros, sino que debió ser establecido por nuestros antepasados. Y de aquella civilización no queda ya el menor vestigio. Incluso hemos olvidado si existió o no.

»Es una leyenda que cuentan algunos y que nadie se preocupa en averiguar si es cierta o no. Tenemos la vida resuelta y lo aceptamos todo tal y como está. Si aquéllos que fueron más sabios que nosotros y vosotros lo decidieron así, para no exterminarse, sus razones tendrían.

«Pero nosotros no cambiaremos.

Noel Ossian había escuchado con interés el relato de Verx.

—No puedo creer que hayáis tenido una civilización más avanzada que la nuestra y hayáis renunciado a ella.

—Yo sí lo creo. Y lo creen todos. Ahora es cuando tengo más motivos para creerlo. Ahora he visto el daño que podéis hacernos. Eso debió de ocurrir, de algún modo. Unos intentarían torcer la voluntad de otros, con razón o sin ella, y se enfrentaron dos o más fuerzas en choque aniquilador.

«Pero esta vez no ocurrirá, porque nosotros tenemos un mandato y estamos dispuestos a irnos hacia el Más Allá incluso antes de nuestro momento justo.

—No me impresionan tus amenazas, Verx. De momento, tu mandato no se producirá en muchos años. Pero de aquí no saldrás hasta que tus hermanos hayan aceptado mis leyes.

»Me he propuesto civilizaros y lo haré, aunque haya que acabar con la mitad de todos vosotros. Lo hago convencido de mi razón, en vuestro beneficio y no en el mío. Al final, si estoy equivocado o no, la historia lo dirá.

»A partir de este momento, Eosfor queda ocupado por mis tropas y se impondrá la ley marcial. Voy a gobernar por decreto y se respetarán mis leyes, de lo contrario, seréis castigados con penas severísimas.

—Haces mal, «komander». La fuerza no nos doblegará. Si quieres imponerte cometerás el peor de los crímenes… ¡Acabarás con una raza semejante a la vuestra que vivía feliz antes de vuestra llegada! Y eso no os lo perdonará ni vuestro Dios.

Noel Ossian, consciente de su deber, optó por renunciar a la discusión con Verx. Pero antes de salir de la celda, dijo:

—Quedas destituido de tu cargo de jefe provisional de los eosforos. Otro ocupará tu puesto y mis órdenes, que proceden de los altos jefes de La Tierra, serán obedecidas.

—¡Ni un solo eosforo te obedecerá! ¡Lo sé muy bien! ¡Ni siquiera con golosina, tabaco o cerveza…! ¡Habéis matado a nuestros hermanos y su sangre caerá sobre vuestras cabezas!

* * *

Noel Ossian volvió a su cabina de control, dispuesto a poner en práctica sus órdenes. Pero nada más llegar, el oficial de su guardia le comunicó:

—Señor «komander», la oficial de antropología, Belisa Pschitt, en compañía de Tui, la indígena, han salido a bordo de una nave auxiliar, abandonando la «Explorer».

—¿Por qué las han dejado?

—El oficial de navegación ha dicho que la oficial Pschitt pidió la nave para realizar una misión exterior ordenada por usted.

—¡Yo no he autorizado a la oficial Pschitt a salir de aquí! ¡Ordene inmediatamente que la hagan regresar a bordo! —rugió Noel.

—Sí, señor.

—Espere, oficial. Yo mismo lo haré.

Noel entró en su cabina de control y presionó los mandos para ponerse en contacto directo con Belisa. No tardó mucho en obtener comunicación.

—¡Belisa! ¿Qué te propones, abandonando la nave sin autorización mía?

—Lo siento, Noel. No puedo seguir obedeciéndote. Voy a unirme a los eosforos —contestó Belisa, cuya imagen apareció en la pantalla extrapanorámica del panel de control del «komander» —. Cuando las órdenes que vienen de La Tierra van contra mi conciencia, yo sé desobedecerlas.

»Sigue adelante con tus planes. Sé que no vas a conseguir nada, excepto perderme para siempre. Mi causa es la de estas gentes y con ellos permaneceré hasta el fin… A menos que cambies de proceder.

—¡Estás loca! ¡Vuelve a bordo inmediatamente!

—No.

—¡Te lo ordeno!

—Repito que ya no obedezco tus órdenes. Dentro de poco, cuando tomemos tierra en uno de estos valles paradisíacos, vestiré el «jib» como las mujeres de aquí, sin avergonzarme, y comeré el «groz» y beberé el «wark».

—¡Voy a ordenar que todos los árboles de «groz» sean vigilados por los soldados, quienes recibirán órdenes de disparar a matar contra todo el que intente alimentarse, sin trabajar!

—Los eosforos morirán al pie de sus árboles. ¿Es que no te has dado cuenta aún de que están obedeciendo leyes naturales inmutables, contra las que nada puedes hacer?

»No quieren ser civilizados. ¡Ya lo están! ¡Han alcanzado la cima de su civilización y antes de renunciar a ella, prefieren morir!

—¡Pues tengo órdenes de exterminarlos, si es preciso!

—Pobre Noel, estás condenado al fracaso… ¡Renuncia antes de que sea demasiado tarde!

—¡Ya es demasiado tarde, Belisa!—gritó Noel Ossian, con suma energía.

Y acto seguido, cortó secamente la comunicación con Belisa.

Unos minutos después, sus órdenes severísimas eran radiadas a todos los tripulantes de la «Explorer-19». Despegarían del suelo y permanecerían en órbita como medida de seguridad. Las naves auxiliares se encargarían de ejecutar su mandato. Todos los árboles de «groz» serían vigilados y los canales obstruidos. Nada más podían comer y beber los eosforos que aceptasen cumplir las órdenes del Senado terrestre.

Capítulo IX

Las tropas del oficial Fium Gerry no podían vigilar constantemente los dos mil trescientos diecinueve valles. Con la supresión de muchos servicios, indispensables a bordo de la supernave, el «komander« pudo reunir hasta siete mil hombres, aunque no fue posible armarlos a todos.

Por esta causa, se estudió una estrategia que consistía en obligar a todos los eosforos a concentrarse en cuatro de los valles más importantes. Las naves auxiliares efectuaron pasadas a baja altura, disparando contra los árboles del «groz» y poniendo en fuga a los nativos que pretendían acercarse a ellos. De este modo, con la táctica de tierra calcinada, los nativos de Eosfor hubieron de caminar durante días y semanas, hasta quedar todos encerrados en cuatro grandes valles.

Y allí era donde se habían colocado alambradas a lo largo de los canales y en torno a los árboles del «groz». También se colocaron filas de soldados en las cumbres de las montañas, para evitar que los nativos prisioneros pudieran escapar de la trampa en donde estaban metidos.

Sólo tenían libres dos caminos: uno conducía al Gran Cráter, cuyas cumbres eran de atmósfera enrarecida, y las llanuras del sur, tras las que estaban las misteriosas regiones del Más Allá.

Una vez terminada la operación migratoria y forzosa, Ossian y sus oficiales intentaron por todos los medios convencer a los eosforos para que actuasen según sus deseos. Primero, debían nombrar sus propios jefes y supeditarse a las órdenes de éstos, quienes serían controlados directamente por Noel Ossian.

También se intentó localizar a Belisa Pschitt, que se había refugiado entre la gran masa humana de eosforos, pero la búsqueda resultaba impracticable, porque las tropas terrestres no podían mezclarse con los aborígenes, hacinados en compactas masas en el interior de los valles que les servían de encierro.

Lo que no consiguió Ossian, aparte de no poder localizar a Belisa, fue convencer a nadie, puesto que todos estaban dispuestos a no acercarse a los árboles protegidos por alambradas.

En Eosfor no existía la noche. Siempre era de día. Y bajo la violenta luz de Akbain, que presenciaba imperturbable el grandioso drama, muchos eran los eosforos que emprendían el largo viaje hacia la oscuridad, obedeciendo al mandato de sus antepasados.

Belisa Pschitt, siempre al lado de Tui, rodeada de hombres y

mujeres sumisos y resignados, intentó demostrar que la hierba de los valles también era comestible. Y en efecto, la verde hierba poseía un sabor agridulce. Además, era nutritiva, porque ella la comía y no le ocurría nada.

Los eosforos, mucho más resistentes que ella, preferían no ingerir nada, hasta que las fuerzas empezaban a faltarles, y entonces se separaban del gran rebaño, alejándose hacia las tierras llanas del sur.

Así, un día tras otro. Ya no jugaban ni reían los nativos. Eran gentes tristes que veían precipitarse su trágico destino. Belisa intentaba animarles. Incluso propuso atacar las barreras de alambres, desarmando a los soldados, pero los eosforos y Tui, en particular, se opusieron.

—No queremos morir así. Resistiremos, porque ése es nuestro destinó. Luego, nos iremos hacia la oscuridad.

Éste era el sentir de todos, grandes y pequeños.

Los niños eran los que más pena infundían a Belisa, y ésta fue la causa de que, al fin, se decidiera a dirigirse al lugar donde se encontraba el oficial Fium Gerry, para pedirle protección para los niños.

Al verla, Gerry ordenó prender a Belisa inmediatamente.

—¡Tened piedad de esas criaturas! —gritó Belisa—. Dadles alimentos o morirán todos.

—Les hemos ofrecido «groz» y no lo quieren. ¿Qué más podemos hacer?

—Llevadles a los niños para que vivan.

—A ti debemos llevarte a la nave. Te hemos estado buscando durante días... ¡Dadle una prenda que se la ponga y llevadla a la nave!

Algunos soldados soeces disfrutaban con la situación. Pero otros obedecieron y Belisa fue vestida como un oficial terrestre. Luego, en una nave auxiliar fue trasladada a la «Explorer-19» y conducida a presencia de Noel Ossian, quien la recibió hoscamente, porque llevaba muchos días de un humor terrible.

—¡Vaya, al fin te has decidido a volver! ¿Sabes lo que debo hacer contigo?

—Yo no importo ya, «komander» Ossian —contestó Belisa—. Es a esos pobres seres a quienes están precipitando a la muerte.

—¡Vas a ser juzgada ante un consejo de guerra por desacato y rebelión! ¡Has incitado a los eosforos a oponerse a nuestras órdenes y ellos prefieren morir antes de someterse a lo que representa un bien para ellos!

—¿Cómo puedes ser tan ciego, Noel? ¿Cómo es posible que tu obstinación pueda ser llevada a extremos tan inhumanos? ¡Haz retirar

la guardia y las alambradas! ¡Los eosforos deben comer y beber, o morirán!

—¡Que acaten la voluntad del Senado!—gritó Ossian.

—¡Jamás lo harán!

—¡Pues que vayan malditos del diablo!

Belisa se dejó caer de rodillas ante Noel.

—¡Te lo pido por caridad, por nuestro amor, por lo que más quieras, Noel! ¡No debes ser tan cruel!

Con los ojos llameantes, Noel se levantó y avanzó hacia Belisa como si quisiera abofetearlo. Se detuvo a pocos pasos y aulló:

—¿Es crueldad obedecer órdenes?

—Estas órdenes, sí. Deja en libertad a esa pobre gente. Ya les has causado suficiente daño. Deja ir a Verx. En poco tiempo, millares de ellos han sentido su mandato y se han puesto en camino de la muerte. Habrían podido vivir mucho más tiempo, pero tú estás acabando con ellos.

—¡No soy yo, son ellos mismos! ¡Son demasiado obstinados, tercos y estúpidos!

—Ésa es su condición. No se les puede cambiar.

—¡Nosotros tampoco cambiaremos, Belisa! ¡Jamás! Han de admitir que hemos venido a ayudarles y lo admitirán o este planeta quedará despoblado en poco tiempo.

—Será una gran victoria, Noel Ossian —dijo Be-lisa—. La brutalidad y la fuerza contra el inocente indefenso y pasivo. Jamás un ejército ha vencido más fácilmente que ahora a un enemigo más débil. Para eso es mejor emplear los rayos desintegrantes y aniquilarlos a todos ahora mismo. Así les ahorrarás sacrificio y dolor. Harás con ellos una obra piadosa, porque lo que tú y los miembros del Senado Os proponéis, jamás lo conseguiréis.

Aquél fue el primer momento en que Noel Ossian vaciló en sus convicciones. La entereza de Belisa le sacudió como si un gigante le hubiese golpeado en el rostro.

—¿Crees que prefieren morir antes de acatarnos?

—No sólo lo creo, sino que estoy segura. He vivido entre ellos y los conozco. Son tan magníficos, que ni siquiera os odian. No pueden hacerlo, porque no está en su condición. No nos odian, pero no quieren nada con nosotros.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Y por qué te han acogido a ti?

—¡Porque yo he ido con ellos, he querido ser como ellos, renunciando a todo lo nuestro.

—¿Quiere eso decir que si nosotros dejamos esta nave y nos unimos a ellos y a su libertad incomprensible, no nos harán nada?

—Nada en absoluto. Nosotros viviremos nuestras vidas y ellos vivirán las suyas. Pero no podemos imponerles nada. Intentaron trabajar, secundar nuestras órdenes, obedecer, pero no pudieron. No es que no quieran... Es que no pueden. Va contra su naturaleza.

—¡Absurdo, incomprensible!

—No es cierto. La verdad es que pertenecen a otra raza. Y en sus genes hereditarios está esa condición natural.

—Bien. Regresa a tu cabina y permanece allí encerrada hasta nueva orden. Voy a comunicar personalmente con el Secretario General Voomer. Si accede a modificar sus órdenes, reconsideraré la situación y daré libertad a los eosforos... Pero quiero que entiendas que yo no mando en esta cuestión y si deseo imponerme contra él, seré relevado del mando, con lo que empeorará la situación.

—¡Hazlo, por el amor de Dios! Y si has de ser sustituido, mucho mejor... ¡No te hagas responsable de este genocidio espantoso! ¡Es una raza entera la que está amenazada!

—Lo sé... Ahora, vete.

* * *

—¿Qué clase de «komander» es usted, Ossian? —preguntó la voz del Secretario General Voomer, que llegaba desde miles de años luz de distancia, viajando a través de conductores directos de radiación ultraluminosa, y por lo tanto, era instantánea prácticamente.

—Señor, por favor. La situación es desesperada. Estas gentes han decidido sacrificarse antes de someterse.

—Eso significa que los informes de usted están equivocados, «komander» Ossian. Si son semejantes a nosotros biológicamente, han de aceptar el progreso que les ofrecemos.

—Psíquicamente difieren muchísimo de nosotros, según juzgo ahora.

—Eso de juzgar ahora es una excusa pueril, Ossian. Usted es descendiente de conquistadores. Su nombre está unido a la historia de nuestro mundo indisolublemente. Si se le envió al frente de esa expedición fue por ello. ¿Y no se considera capaz de dominar la situación?

—Lo siento, señor. Es imposible, a menos que siga adelante con las órdenes. Pero las consecuencias serían catastróficas. Eosfor quedará completamente despoblado.

—Eso es preferible, en el peor de los casos, a la indiferencia en que

pretenden vivir esas gentes. Si ellos eligen la inmolación, será porque ése es su destino. Nuestro deber es inculcarles la verdad de la ciencia y el progreso y sacarles de la oscuridad en que se encuentran.

—Querrá usted decir de la luz, señor —replicó Ossian, con cierta triste ironía.

—Déjese de jactancias, Ossian, o me veré precisado a relevarle del mando.

—Hágalo, señor.

—Correcto, Ossian. Pero no voy a relevarle, sino a destituirle —replicó el Secretario General Voomer—. Comunicaré su destitución al Jefe de las Fuerzas Espaciales. Ellos le enviarán un mensaje al respecto, y le comunicarán el nombre del oficial más capacitado para asumir el mando de la «Explorer-19». Ahora, esta comunicación queda cortada.

Al cesar la voz de Voomer, Noel Ossian lanzó un profundo suspiro. Al fin lo había conseguido. Luchó por aquello durante muchos días. Ahora sería sustituido por otro oficial, al que entregaría el mando, y liberaría a su conciencia del terrible peso que representaba el aniquilamiento de una raza.

Belisa tenía razón. Al fin se dio cuenta. En Eosfor, los aborígenes obedecían leyes hereditarias y ancestrales. No se someterían jamás, y prueba de ello era el informe del oficial Markon que tenía sobre su mesa:

¡Desde que duraba el aislamiento de los eosforos en los cuatro valles destinados a encierro, el número de éstos había descendido en nueve millones!

También había sabido Noel lo que ocurría en la Gran Oscuridad. Una nave de reconocimiento, provista de potentes focos, se había dirigido hacia el hemisferio oscuro, siguiendo a un gran grupo de eosforos y los había descubierto caminando en el agua casi helada que los iba absorbiendo, cubriéndoles primero las piernas, luego el cuerpo, hasta terminar engulléndolos. Al final, como en un inmenso arenal de agua semihelada, los cuerpos de los eosforos desaparecían bajo la superficie para no aparecer jamás. Aquél era el inmenso cementerio de un pueblo que obedecía leyes estrictamente naturales por instinto hereditario.

Ossian había contemplado la filmación de la escena y quedó terriblemente impresionado. Era algo que no podría olvidar fácilmente.

Había visto mujeres de hermosos cuerpos, caminando ya con fatiga sobre aquel pantano mortal. Unos se hundían antes que otros, como si existieran sumideros bajo el agua oscura y helada de la muerte. Otros

continuaban avanzando, cada vez más penosamente, sin siquiera levantar la mirada a la nave auxiliar terrestre, que filmaba su agonía.

Quizás estaban ya muertos al llegar allí y actuaban de modo maquinal. Esto era difícil saberlo, porque Ossian no quiso que se descendiera hasta el nivel de las aguas a recoger a alguno de aquellos seres, más parecidos a cuerpos sin vida en movimiento.

La dramática e impresionante escena había influido en que Noel pidiera el relevo al Secretario General Voomer. Pero la decisión definitiva se la hizo tomar Belisa Pschitt.

Ahora sabía que sólo iba a obtener el fracaso, además de un inmenso cargo de conciencia. Y, posiblemente, algo podía salvarse aún.

* * *

Al ver aparecer a Noel Ossian en la puerta, Verx pareció sorprenderse.

—¿Qué ocurre «komander»?

—Dentro de poco voy a dejar de ser el jefe de esta expedición, Verx. Voy a ser relevado del mando —contestó Noel, con voz ahogada por la emoción—. Antes de que sea demasiado tarde, quiero dejarte en libertad para que vuelvas con los tuyos.

«Retiraré también la guardia que vigila el «wark» y el «groz». Ve y dile a los tuyos que se dispersen cuanto antes. El que me suceda ha de ser más duro que yo.

—¿Estoy libre?

—Sí, Verx. Ven conmigo.

Verx no podía creer lo que estaba oyendo. Se levantó del asiento y avanzó hacia el «komander». Una triste sonrisa iluminaba su rostro y su único atuendo era el «jib» o taparrabos de los eosforos. Ni siquiera llevaba las botas.

—¿Os dais la mano?

—Sí, eso hacemos, Verx.

—Dámela, «komander».

Los dos hombres se estrecharon fuertemente la mano. Luego, sin mediar más palabras, salieron de la celda, donde la guardia quedó boquiabierta y desconcertada.

—El prisionero está en libertad —dijo Noel—. Yo mismo lo acompañaré a su mundo.

Fue preciso recorrer los largos pasillos de la «Explorer-19», utilizar varios ascensores y subir y bajar escaleras, hasta llegar a la sala de acceso y salida, donde habían varias naves auxiliares. El oficial de

navegación estaba allí y saludó a Ossian.

—A la orden de usted, «komander». ¿En qué podemos servirle?

—Disponga una nave auxiliar. Yo mismo la pilotaré.

—Sí, señor. La número seis está dispuesta para entrar en servicio.

Habían pistas rodantes. El oficial hizo una seña a la cabina de control del hangar y un subalterno puso en funcionamiento una pista que llevó a los tres hombres hasta la nave auxiliar número seis.

—¿Necesita usted alguien, señor «komander»?

—No. Iremos Verx y yo. Regresaré dentro de poco.

A un gesto de Ossian, Verx subió a la nave. El otro le siguió y ocupó el puesto del piloto.

—Preparados para despegar... Abran la compuerta.

La compuerta se abrió.

Pero cuando Niel Ossian se disponía a conectar el interruptor de motores, el oficial auxiliar gritó: ¡Aguarde, señor!

Noel se volvió y vio a Belisa Pschitt que llegaba corriendo velozmente.

Verx también se volvió.

—¿No salimos?

—Aguarda... Belisa quiere decirme algo.

Esperó unos minutos y Belisa llegó hasta donde estaba la nave, subiendo por la rampa. No se sorprendió al ver allí a Verx.

—¡Te están buscando, Noel!

—¿Quién?

—El oficial segundo Rapp. Acaban de recibir un mensaje del Cuartel General de las Fuerzas Espaciales. Han venido a mi cabina a buscarte.

—¡Vamos a despegar ahora mismo! —replicó Noel, presionando los controles de cierre de compuerta y puesta en marcha de motores.

A los pocos segundos, la nave auxiliar se deslizaba por su rampa magnética y luego era expulsada al exterior.

—Supuse que iban a nombrar a Rapp para sustituirme —dijo Noel, ya conduciendo la nave auxiliar hacia el planeta que tenía debajo—. Es un hombre eficaz y disciplinado. El más capacitado para asumir el mando de la «Explorer-19».

—Cuando sepa que te has ido con Verx, te ordenará regresar —dijo Belisa.

—No regresaré hasta que no haya dejado a Verx con los suyos. Ya no soy responsable de lo que ocurra. ¿Entiendes esto, Verx?

—Sí, lo entiendo. La situación no ha cambiado nada.

—¡Ha cambiado, porque no quiero ser responsable de lo que ocurra!

—No ocurrirá nada. Queda tranquilo, «komander» —replicó Verx, muy grave.

—¡Rapp será más enérgico que yo!

—Ya has sido bastante enérgico y no ha sucedido nada. Yo quise convencer a mis hermanos y no tuve éxito. Nosotros no queremos vivir como vivís vosotros. Eso es todo.

«Cualquier intento para cambiar nuestras costumbres, será inútil.

—Estoy convencida de eso —intervino Belisa.

En aquel momento se conectó el control de radio y la voz del oficial Rapp llegó hasta los tres.

—Noel Ossian, usted sabía que iba a ser relevado del mando. ¿Por qué se ha ido?

—Le felicito por su ascenso, «komander» Rapp —contestó Noel —. Mi deber era entregarle el mando personalmente. Le ruego aguarde mi regreso.

—¿Por qué se ha ido? —gritó la voz de Rapp, furiosa.

—He ido a devolver a Verx con los suyos. Yo lo encerré y yo debo ponerle en libertad. Hasta que no le entregue a usted el mando, sigo siendo el «komander» de la «Explorer».

—¡Las órdenes que he recibido son las de arrestarle!

—Incluso, para arrestarme, habrá de esperar a mi vuelta, señor —respondió Noel—. Pero Verx es mi responsabilidad y debo dejarle libre.

—¡Yo le volveré a encerrar!

—Aguarde a mi regreso, Rapp. Hemos de hablar detenidamente y estudiar la situación, que es más grave de lo que parece.

—¡Está usted relevado de su mando y arrestado, Noel Ossian! ¡Vuelva inmediatamente a bordo!

Capítulo X

Tui debió de intuir el significado de la llegada de aquella nave auxiliar solitaria que sobrevoló la gran masa de eosforos reunidos en el valle, porque corrió con sus ligeros pies hacia el sur, hasta el lugar donde Noel había empezado a descender, en una ladera.

Cuando la nave se posó suavemente en tierra, haciendo un ruido estruendoso, dos naves más, destinadas a la vigilancia, acudían ya raudas, posiblemente con órdenes de capturar a Noel.

Tui llegó a tiempo de ver abrirse la compuerta y descender a sus tres ocupantes. Su corazón no la había engañado.

¡Verx estaba allí!

Él también corrió al encuentro de su esposa y la abrazó tiernamente, llenos ambos de alegría.

Luego, los dos eosforos se acercaron donde esperaban Noel y Belisa. Sobre ellos, las naves auxiliares del oficial Fium Gerry empezaban a descender.

Noel las miró indiferente y luego miró a la pareja.

—Ya estáis juntos. Lo único que lamento es haber sido tan ciego y obstinado para no darme cuenta de la verdad antes de ahora.

—Tu corazón ha respondido a tiempo, Noel —dijo Belisa—. Ellos lo comprenden también.

—Sí, señor «komander» —dijo Tui, radiante—. Vosotros no sois malos.

Una triste sonrisa flotó en los labios de Noel. Señaló a las naves que se posaban ahora suavemente cerca de ellos.

—La situación no ha cambiado... ¡Sólo ha cambiado el jefe! Ahora será igual o peor.

—No será peor, porque estamos juntos —contestó Verx—. Ocurra lo que ocurra, no nos separaremos jamás.

—Te damos las gracias, «komander» —añadió Tui—. Te deseo con Belisa la misma felicidad que yo tengo en estos momentos.

Belisa y Tui se abrazaron.

En aquel momento, las dos naves auxiliares se detenían completamente y se abrían sus compuertas, saliendo un tropel de soldados armados.

—Esto se terminó —dijo Noel—. ¡Corred antes de que os puedan detener!

Ni Verx ni Tui se movieron. Estaban agarrados de la mano y sonreían.

—No nos detendrán. Preferimos morir aquí.

—Sí —añadió Tui—. Sabemos que si nos matáis, nuestros cuerpos serán llevados a la región del Más Allá. No importa que vayamos nosotros o nos llevéis vosotros.

Las tropas recién desembarcadas efectuaron un movimiento envolvente. Sus armas desintegrantes apuntaban al grupo. De entre ellos, se destacó el oficial Fium Gerry, quien avanzó, con un arma en la mano.

Antes de hablar, empero, saludó a Noel:

—A sus órdenes, señor Ossian. He recibido órdenes de detenerle y conducirle a la nave. El oficial Rapp se ha hecho cargo del mando y mi deber es obedecerle. Le ruego que no oponga resistencia.

—No pienso hacerlo, Fium —contestó Noel—. Deje usted ir a estos nativos.

—Verx debe volver también a la «Explorer-19».

—No —dijo Verx, seriamente—. Nadie me hará volver allá... ¡vivo!

Fium Gerry era un fiel cumplidor de su deber. Por eso dijo:

—Volverás vivo o muerto, Verx.

No se alteró ni un rasgo de la expresión del eosforo.

—Entonces, prefiero morir.

—¿Es que estáis locos todos? —gritó Fium.

—No intentes comprenderlo, oficial —murmuró Noel—. Por esta misma actitud he tenido que renunciar al mando. Rapp se va a encontrar con una carga superior a sus fuerzas. ¿Es que no os dais cuenta de que no son seres humanos como nosotros?

—Eso no es de mi incumbencia, señor —contestó Fium, volviéndose a mirar hacia el norte, donde una ingente masa de eosforos se aproximaba en increíble frente.

Fium Gerry comprendió que ni él ni sus hombres podrían contener a los nativos, ni siquiera disparando todas sus armas contra ellos. Aquella inmensa legión estaba compuesta por millones de seres.

—¡No tenemos ni un minuto que perder! —declaró Gerry—. ¡Suban inmediatamente a la nave!

Su arma desintegradora apuntó a Noel y luego a Verx.

Éste sacudió negativamente la cabeza.

—¡No subiré! ¡Dispare!

Tui se interpuso entre el oficial Fium Gerry y Verx.

—Si le mata, máteme también a mí.

—¡No lo haga, Gerry! —gritó Belisa, desesperadamente.

El oficial retrocedió. Se volvió a sus hombres y gritó:

—¡Apresad al «komander» Ossian y a la oficial Pschitt y llevadlos a bordo!

Los soldados obedecieron, realizando un movimiento envolvente y

separando a Belisa y Noel de los dos nativos, los cuales no se habían movido de la posición en que estaban, impertérritos.

Casi arrastrándoles, Noel y Belisa fueron obligados a regresar a su nave auxiliar.

La ingente masa de eosforos que descendía por el valle estaba ya a menos de medio kilómetro. Era impresionante, increíble casi, ver aquella inmensa multitud silenciosa y amenazadora. Todo el valle estaba en movimiento. Ni un nativo se había rezagado.

—¡No la mate! —continuó gritando Belisa—. ¡Esa mujer va a ser madre!

Fium Gerry era humano, después de todo. Deteniéndose entre su conciencia y el deber, no sabía qué bando tomar. Lo que sí sabía era el escaso tiempo de que disponía antes de que llegasen las primeras filas de eosforos.

—¡Por última vez! —gritó—. ¡Venís a la nave o disparo!

Desde una de las naves, la voz de un técnico de comunicaciones llegó en aquel instante:

—¡Oficial Gerry, comunican del control de mando de la «Explorer-19» que regresemos todos inmediatamente a bordo!

—¡Me han ordenado llevar a Verx con nosotros!

—Dicen que deje usted a los aborígenes y volvamos sin perder un segundo.

—¿Quién lo ordena? —gritó Fium Gerry.

—El nuevo «komander» Rapp.

Fium Gerry dio media vuelta y aulló:

—¡Vuelvan todos a sus puestos! ¡Ingeniero Lem, tome el mando de la nave seis y regrese con los detenidos a bordo!

Belisa y Noel, en la rampa de la nave seis, respiraron aliviados al ver retroceder la tropa y dejar allí a Tui y Verx.

Fueron obligados a entrar en la nave, cuyo mando tomó el ingeniero Lem, y poco después se remontaban al cielo tranquilo y diáfano de Eosfor, mientras los nativos llegaban al lugar donde se encontraban Tui y Verx, para seguir luego, todos juntos, en fantástica comitiva, dirección al sur.

Belisa, asomada a un mirador de la nave en vuelo, vio la marcha de los eosforos. Luego, pudo ver también cómo en los valles adyacentes, se producía el mismo movimiento masivo.

—Noel —llamó—. Fíjate en los eosforos.

Él estaba mirándolos, blanco como la cera. La verdad iba penetrando lentamente en su inteligencia. Por eso dijo:

—Ingeniero Lem, detenga los motores y manténgase en suspensión.

—Lo siento, señor. Sólo recibo órdenes del oficial…

—¡Haga lo que le digo, estúpido! —aulló Noel, fuera de sí—. ¿Acaso no se da cuenta de lo que está ocurriendo?

Aturdido, Lem no supo qué hacer. Pero Noel había sido «komander» de todos aquellos hombres y no permitía que en un momento tan transcendental como el que estaban siendo testigos, nada ni nadie se opusiera a sus deseos. Era un Ossian y esto significaba mucho.

Saltó sobre el ingeniero Lem y lo arrancó materialmente de su asiento, mientras rugía:

—¡Cuando un Ossian da una orden, sea «komander» o no, se le obedece!

Ninguno de los soldados armados que habían subido a la nave auxiliar se movió para defender al oficial de vuelo. La autoridad de Ossian, para ellos, continuaba siendo algo inmutable.

Al caer Lem por tierra, Noel detuvo la nave y la dejó suspendida en el aire. Luego, efectuó una llamada por radio.

—¿Estás viendo eso, Rapp?

La voz del nuevo «komander» llegó hasta él débilmente.

—Sí… Lo veo.

—¿Sabes lo que significa?

—¿Qué?

—¡Noventa millones de eosforos se sacrifican, inmolándose, para no obedecer nuestras leyes!

—¡Eso no puede ser! —exclamó la voz de Rapp.

Belisa se puso a gritar, llevándose las manos a la cabeza.

—¡El mandato! ¡Es el mandato! ¡Debían de estar esperando la libertad de Verx, para ir todos a morir a la región negra de Eosfor!

Los soldados, sin comprender, porque para casi todos ellos lo que ocurría en aquel mundo singular no tenía sentido, se acercaron a los miradores.

Era algo sobrecogedor ver aquella multitud de seres semidesnudos caminando en dirección al sur, con un paso de autómata, inflexibles y altas las cabezas.

—Atiende, Rapp. Va a ocurrir algo espantoso aquí. Nosotros lo hemos provocado. Yo, tú y todos… ¡Pero el Senado de Glabor se acordará de esto! ¡La Humanidad entera será responsable de la inmolación de una raza!

Aquello era lo que estaba ocurriendo. Los eosforos iban a morir. Nada ni nadie podía hacerles cambiar de pensamiento. Eran sus leyes naturales. Los terrestres habían venido a interponerse, pretendiendo cambiar sus costumbres y hábitos.

Buenos y dóciles, intentaron hacerlo. Pero la realidad les demostró

que ellos no podían acceder al cambio de costumbres, porque, posiblemente, ya hubiesen conocido siglos atrás, ¡millones de siglos antes, posiblemente!, lo que significaba la civilización y el tiempo tirano y absurdo, invención del diablo.

Se les había privado de agua y alimento. Ellos no podían protestar. Ellos sólo conocían un modo de vivir y otro de morir. Se les había mortificado, escarnecido, violentado y maltratado.

Ahora, todos sin excepción, marchaban a cumplir el mandato supremo de su raza. ¡Iban a morir en masa, a exterminarse!

Durante horas. Noel estuvo viendo desfilar aquel río de hombres y mujeres, hasta que todos hubieron pasado bajo las naves suspendidas, yendo a perderse en dirección al sur, hacia el hemisferio en sombras, allá en los llanos amarillos donde, no había alimentos y sólo «wark» que nadie se inclinaba ya a beber.

Nadie sabría nunca si todos aquellos seres estaban muertos antes de llegar a la oscuridad, y caminaban automáticamente, por desconocida ley natural, o si su voluntad llegaba hasta el límite de la luz.

¡Nadie sabría jamás porqué se inmoló aquella raza!

* * *

—¡No quiero ser responsable de esto! —bramó Noel ante el sobrecogido Rapp—. Y no lo seré por nada ni por nadie. Regresamos a La Tierra. El Secretario General Voomer pagará con su vida la estupidez de las órdenes que me envió… ¡Palabra de Ossian!

—No puede usted rebelarse contra… contra las órdenes del Jefe de las Fuerzas Espaciales.

—¡Ya lo creo que me revelo, Rapp! ¡Y lo haría contra mí mismo padre si me da la orden que Voomer me ha dado! ¡Ese hombre estúpido se ha creído muy alto! ¡Yo lo derribaré de su pedestal!

Belisa Pschitt, en la puerta de la cabina de control, pese a su tristeza infinita, sintió una profunda admiración por el hombre que amaba. Aquél sí era un Ossian auténtico, con una razón para luchar. Un Ossian magnífico, como lo fue su abuelo y como lo habían sido también su padre. Gente luchadora, combativa, audaz, valiente y capaz de todo.

—¡Éste es mi sitio, Rapp! Lo obtuve en un examen que nadie pudo superar. Mi propio padre me puso obstáculos insalvables para que no pudiera escapar de su tutela. Y yo lo vencí todo. Nadie, ni Voomer, ni Ramer, ni cien Senados juntos, podrá impedirme que vuelva a La Tierra y aplaste a los responsables. Avísales, Rapp. Diles lo que ha

ocurrido y que Noel Ossian vuelve a hacerles pagar lo que es más horrendo que un genocidio… ¡Voomer y todos sus senadores del gobierno son culpables del exterminio de una raza infinitamente superior a nosotros!

»¡Quiero que se lo digas! Y luego vete de aquí, porque este control es mío.

Al terminar de decir esto, Noel Ossian dio media vuelta y se dirigió a donde estaba Belisa, a la que dijo:

—Vuelve a tu cabina. Luego iré a verte. Yo arreglaré este asunto.

—¿Y qué puedes arreglar, Noel? ¡Ya han muerto todos! ¡Ya es demasiado tarde!

—Nunca es tarde para hacer justicia.

—¿Y no has pensado en que tú también eres culpable? —preguntó Belisa.

—Soy el más culpable de todos. Yo debí hacer caso omiso a Voomer… ¡De haber estado mi padre en la Secretaría General, me habría negado a obedecerle! Sólo el deber me impulsó a obedecer… ¡Pero bien sabe Dios lo que he luchado con mi conciencia para impedirlo! Y no creí que ese holocausto se consumara.

Belisa ya no respondió. Rozó las mejillas de Noel con las yemas de sus dedos y dio media vuelta, abandonando la cabina de control.

Noel, por su parte, regresó a la mesa donde estaba el atribulado Rapp.

—Llama al Secretario General, Rapp. Yo le hablaré.

Rapp puso en movimiento los controles de radio y no tardó mucho en obtener la lejana respuesta de Glabor.

—Prioridad absoluta de comunicación con el Secretario General Voomer. Llama el «komander» Ossian.

Aún fue preciso aguardar más de diez minutos, hasta que la voz de Voomer llegó hasta ellos, a punto de estallar en ira.

—¡Noel Ossian tiene que estar encarcelado!

—No lo estoy, Voomer. No es usted hombre para vencerme.

—¿Qué está diciendo?

—¡Escúcheme bien, Voomer! ¡Noventa millones de seres humanos, mucho más civilizados e inteligentes que usted, están muriendo en estos momentos! ¡Si cuando le agarre a usted le pudiera matar noventa millones de veces, no pagaría el daño que ha hecho!

»¡Pero no se librará de mi venganza! ¡Vuelvo a La Tierra, Voomer! Haga lo que quiera, pero nadie, ni todas las fuerzas del espacio juntas, impedirán que le aplaste como se aplasta a una cucaracha.

—¡No! ¡Escuche, Noel Ossian! ¿Qué ocurre?

—Los eosforos son mejor que nosotros y prefieren morir antes de

renunciar a su libertad. ¡Yo intenté oponerme, pero nada pude hacer!

—¡Dios santo, eso no puede ser! ¡Algo ha funcionado mal!

—Sí, usted... Su gobierno, su estupidez... ¡Pero el Universo entero sabrá quiénes eran los eosforos y quién fue su asesino! ¡Yo no seré responsable de eso, aunque me condene!

En la lejana Tierra, el Secretario General Voomer no supo qué responder.

¡Sabía muy bien cuál era la ira de un Ossian y comprendió que no podría librarse de ella!

—¡Por su culpa, Voomer! —continuó diciendo Noel—. ¡Todo por su culpa! Y ahora, tomo de nuevo el mando de la «Explorer-19» y ordeno el regreso a La Tierra... ¡Haga usted lo mismo que los eosforos, Voomer! ¡Hágalo o su fin será mucho más trágico!

Noel cortó la comunicación secamente y añadió, mirando fijamente al petrificado Rapp:

—Vuelva a su puesto, oficial Rapp... ¡Regresamos a la base!

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

